

Una Victoria Para Todas

En el centro de la pequeña ciudad litoraleña, un reproductor sonoramente transmitía música, la cual era reproducida a su vez por las paredes de los nuevos edificios de cinco pisos que generaban una especie de eco. Esa diversidad de sonidos, con cierto retraso, se reflejaba en los lindes más distantes. Aquí, en las orillas del golfo, hay una vieja casa de madera; entre los abedules no muy grandes que comenzaban a reverdecer, había una mesa ya servida. En el medio de la misma había botellas con vodka Stolichnaya y limonada. Al costado de la mesa había una bandeja con ensalada rusa y un plato grande de carne en gelatina. Allí mismo, en platillos separados había lonjas finas de tocino, dientes de ajo, arenque de barril, cortado en trocitos y rociado con aceite, además recubierto con rodajitas de cebolla. En torno de la mesa estaban sentadas siete personas.

Cada año, el 9 de mayo —el día de la Victoria, los hombres y las mujeres vestidos de fiesta, se reunían para celebrar esa importante fecha. También ese día estaban reunidos los familiares para saborear platos deliciosos, tomar tragos, brindar cada uno a su manera. Celebran el 30° aniversario de la Victoria, una fecha que posiblemente, les generaba la alegría más grande de sus vidas. A esos brindis, se sumaba un brindis por Yuri Gagarin... Todos consideraban que él también se lo merecía. En la casa, un gramófono reproducía reiteradamente un mismo disco musical, y cada uno de

los comensales repetía para sí mismo las palabras de la conocida canción: “Y significa, que necesitamos una sola victoria, una sola para todos, sin importar el precio a pagar”.

En las solapas de tres personas sentadas a la mesa se lucían espléndidas medallas, incluso una Orden al mérito. El hombre que lucía la Orden al mérito era el mayor de todos los presentes, la mitad de su rostro tenía un color marrón lleno de arrugas, parecido a un lunar, tenía un ojo dañado que casi no veía. El era un conductor de tanques. Dos veces soportó incendios en su máquina, cayó varias veces bajo el hielo con su tanque, destruyó dos tanques hitlerianos denominados Tigres y finalmente llegó hasta Praga.

El otro veterano regresó de la guerra en 1942 con muletas y sin un pie. Al oeste de la ciudad Viazma el avión con paracaidistas fue tiroteado por el enemigo y se incendió, pero los paracaidistas lograron aterrizar ilesos. En cambio el piloto del avión se vio obligado a descender directamente sobre la trinchera con soldados alemanes. Como no le quedaba otro recurso, el piloto lanzó hacia abajo sus granadas...

El tercero también participó en los combates, pero ya casi al final de la guerra. A él le tocó la función de guardia marina, exploraba con rastras el golfo de Finlandia. Este combatiente tenía las solapas llenas de diversas distinciones, pero sin falta lucía también la medalla “Por la Victoria sobre Alemania”.

Después de haber comido y bebido, los hombres se levantaron y lentamente salieron de la mesa para ir a fumar. Las mujeres levantaron las vajillas usadas y pusieron en la mesa otras, apropiadas para el té: colocaron en la mesa un samovar para servir agua caliente, y, directamente sacadas del horno, sirvieron doraditas empanadas rellenas con huevo y repollo. Por tradición todos sabían con antelación que en tres empanadas

había un bombón de chocolate. Al que le tocara una empanadita con bombón, significaba tener suerte. Los hombres de pie se toman una copita de vodka más..., pero de pronto los tres juntos comienzan a pegar al cuarto. Eso se parecía a un ritual alocado: pegaban en serio, con puñetazos directamente en la cara. Ellos pegaban, pero con lágrimas en sus ojos...

1.

En mayo de 1941 Vasili cumplió doce años. Finalizaba el año lectivo. El, faltando a las últimas clases de la escuela, con Petya su compañero de grado, se escapaban a la costa del río Pliusa. Ambos siempre andaban con moretones, despeinados, con pantalones rotos y chaquetas abrigadas de raros colores. Lanzaban al agua sus cañas de pescar y se quedaban allí en la canoa hasta altas horas de la noche, espantando de sí los mosquitos, y ensimismados miraban los corchos de pescar, hechos artesanalmente por ellos mismos, que flotaban sobre la superficie del agua que se asemejaba a un espejo. Después, atravesando un avellanal se subían a la alta costa arenosa para mirar desde allí su aldea, el riachuelo tortuoso y el bosque de un color azul oscuro. Miraban y se imaginaban que cuando fueran ya grandes, los dos volarían al Polo Norte y después de muchos años, sin falta regresarían a estos lugares con las casas que parecían de juguete, con techos grises de tablillas descoloridas. Petya, como de costumbre, a distancia trataría de encontrar su casa, luego la casa de Vasili, después los dos discutirían: detrás de qué franja del bosque pasaba el ferrocarril, detrás de qué edificio se encontraba la estación...

Hacia la noche el sol se ocultaba detrás del bosque, el cielo en el horizonte se iba cubriendo por un fresco colorido de tono herrumbroso y en las cercanías del bosque joven de coníferas comenzaban a brillar luces

rojizas, similares a los destellos de la fogata que se iba apagando... A esas horas los muchachos regresaban habitualmente a sus casas.

Los padres de Vasili fallecieron hacía tres años. En el comienzo de la primavera, durante la creciente de agua ellos quisieron pasar a la ribera opuesta del riachuelo, pero la canoa se volcó y la corriente del agua turbulenta se los llevó. Los encontraron al cabo de un mes. Petya no vio nunca a su padre, de la madre él se quejaba, porque lo había traído a la aldea cuando tenía siete años a la casa de su abuela y lo dejó para siempre. Ella se fue a Leníngrado donde tenía formado una nueva familia. Vasili por lo menos no estaba solo, pues tenía tres hermanas. Una se llamaba Caterina, la otra Alexandra, ya eran adultas, todavía a finales de los años treinta se habían casado y se radicaron en el pueblo Luga donde ingresaron en un colegio de contaduría. Su hermana Zinaida, que era cinco años mayor que Vasili, se quedó en la aldea y para él cumplía la función de madre. Así continuaban viviendo en una vieja casa de los padres, los dos atendían los quehaceres domésticos, trabajaban la huerta, recolectaban las frutas silvestres, los hongos, toda clase de hierbas, los secaban y entregaban para venta a la cooperativa de consumo.

En la escuela a Vasili lo consideraban un muchachito inteligente, pero testarudo y poco obediente. Cuando cumplió doce años ya tenía una estatura de un metro setenta y por esa razón parecía ser mayor de la edad que tenía. Todos decían que él era copia de su hermana Zinaida. Tenía ojos grandes y oscuros como ella, pero los de Zinaida reflejaban una mirada suave y cálida, en cambio los ojos redondos y bien oscuros de Vasili, como si fueran carboncitos, siempre brillaban con chispitas picaronas. Petya era totalmente distinto, tenía ojos celestes y cabellera rubia, de chico crecía como un niño tranquilo y complaciente, sólo que de altura no se destacaba mucho.

Pero pronto comenzó la guerra. Al segundo día, del centro distrital, a la aldea llegaron los militares. A todos quienes por su edad correspondían ser movilizados, los formaron en el patio del club, y el joven comandante en chaqueta con las presillas de color carmesí y con una medalla en el pecho, pronunció un breve discurso. Cuando lo hacía, movía con el puño impulsivamente como si amenazara al enemigo y, para mayor convicción, sacó una pistola negra grande de su funda. Después hizo uso de la palabra un anciano barbudo, herrero de la aldea, quien todavía en el año 1915 había combatido contra los alemanes. Las personas que vinieron a despedir a los jóvenes movilizados estaban agrupadas con rostros tristes y serios. Cuando los hombres se acomodaron en los bancos en la carrocería del camión, todas las mujeres se largaron a llorar al unísono. Los chicos varones durante el miting estaban parados a la par de los jóvenes movilizados y después, en medio de la polvareda que se levantó en el camino, corrieron descalzos detrás del camión, hasta que éste llegó a ocultarse tras una curva.

Ese mismo día, habiendo analizado detalladamente como correspondía la situación, Vasili y Petya resolvieron que, cuando la patria estaba en peligro, ellos no debían quedarse con las manos cruzadas en su casa. Cada uno se llevó un pedazo de pan, una cebolla, en un trapito pusieron un poco de sal, todo eso lo metieron bajo la solapa de su chaqueta y se largaron al frente de batallas. Al cabo de dos días los milicianos los descubrieron en el tren y los trajeron a su aldea, por suerte la estación del ferrocarril se encontraba cerca.

Después de ese caso, Zinaida largo tiempo retaba a su hermano. No obstante, transcurrida una semana, los dos chicos de nuevo se escaparon. Pero otra vez fueron agarrados. Zinaida volvió a retarle, lloraba y trataba de convencer a su hermano para que no cometa esas locuras

y se quede para ayudarle a ella y a su país allí, en la aldea, trabajando en la granja colectiva. Vasili, sintiéndose culpable, agachó la cabeza y la miraba de reojo, comprendiendo que la disgustaba, aunque en el alma se alegraba. ¡No faltaba más! Esta vez ellos lograron ir mucho más lejos. Pero muy pronto el frente de batallas les llegó a la región. Los alemanes aparecieron en la aldea campesina. El nuevo poder implantaba su régimen: designaba a burgomistros, a starostas —jefes de aldeas, a los policías; impartían sus ordenanzas, fusilamientos, etc... Si algo ocurría en la aldea que no estaba permitido, por ejemplo, si alguien llegaba del bosque para aprovisionarse, o algún desconocido incendiaba o hacía explotar algo, o mataban a los soldados alemanes, de inmediato imponían un castigo cruel. Pero, sin-embargo, los propios alemanes no se ocupaban de esos castigos, sino que los policías reclutados por ellos entre la población local, básicamente se encargaban de eso.

Los dos muchachos volvieron a sus emprendimientos. Ya que no era posible luchar en el frente de batallas, entonces consideraban que por lo menos ¡había que incendiar algo! Por ejemplo, incendiar el viejo club con la bandera fascista colocada en el techo o el tablero con los anuncios cerca del pozo de agua, donde se explicaba en cuáles de los casos sobrevendría el fusilamiento, y en cuales otros sobrevendría el maltrato. Pero ni una, ni la otra cosa a los chicos no les resultó. La primera vez en lugar de gasolina, encontraron solamente gasóleo, que no se encendía fácil, se gastaron todos los fósforos y no pasó nada. La segunda vez Petya se quedó dormido. ¡Y gracias a Dios! Porque por ese tipo de cosas, sin averiguar quién era el culpable, los verdugos quemaban toda la aldea junto con sus habitantes.

En la primavera del año 1942, se llevaron a Zinaida a Alemania para hacer trabajos forzados. Como Vasili se quedó solo y para que no se eche a perder, la abuela de Petya lo llevó a vivir con ellos. Después de ese hecho,

en el transcurso de año y medio en la aldea no aconteció nada nuevo. La gente entre sí hablaba de triunfos en las batallas en las cercanías de Moscú y en los combates de Stalingrado, pero para los habitantes de su aldea no había cambiado nada. Solamente a Petya lo agarraron los policías y lo castigaron con látigo por el hecho de que sin el permiso del starosta caminaba por el bosque. Después de eso su abuela a duras penas le curó. Vasili era más pícaro y no caía en desgracia. Muchos de los hombres, de los que se habían quedado en la aldea, se fueron a prestar servicios como policías. A ellos les daban una ración de alimentos, un sueldo de 30 marcos de ocupación mensuales. Por una denuncia sobre actividades de los guerrilleros, les prometían pagar cien rublos más. Pero en las cercanías no había guerrilleros y tampoco informaciones sobre los mismos.

“Los ayudantes voluntarios” del nuevo poder obligaban a los habitantes de la aldea a trabajar en la estación del ferrocarril, a limpiar las vías, a cortar los arbustos y matorrales a lo largo del camino, con frecuencia les robaban todo tipo de aves y animales para llevarlos a la aldea vecina donde estaban asentados los alemanes. A la abuela de Petya cada semana le tocaba llevar a dicha aldea, una canasta con patatas, cebollas y zanahorias. Además, en general, la gente podía salir de su aldea únicamente con el permiso del starosta, ¿tenía ella o no ese permiso escrito?, no se sabía... Pero una vez la abuela se fue y no regresó. Los muchachos la esperaban largo tiempo, después se pusieron a buscarla, incluso le preguntaron al starosta. Éste no les respondió nada, aunque probablemente lo sabía, pero hizo un gesto con la mano como eludiendo la respuesta. Los chicos, arriesgando con la posibilidad de caer atrapados, iban ocultándose detrás de los arbustos a la aldea donde estaban instalados los alemanes; caminaban a lo largo del camino con la esperanza de ver si podían saber algo de la abuela,

pero en definitiva no lograron enterarse de nada. Entonces dedujeron que los alemanes la habrían matado. Probablemente, le preguntaron si tenía el permiso, y ya que no lo tenía, la habrían fusilado.

Después del fallido intento de encontrar a la abuela, los muchachitos, agotados, entraron en la casa vacía de Petya. Allí permanecían sentados, pensando en nuevos planes para encontrar a los guerrilleros y, además, en cómo se podía conseguir algo para comer.

En el otoño de 1943 se difundió una noticia muy alentadora: a los fascistas les asestaron golpes contundentes en la región de Kursk y, después, los estaban expulsando de todas partes. Petya con cierta incredulidad movía la cabeza y repetía las palabras siguientes: "Oyeme, Vasili, ¿sabes qué pienso yo?, ¡Las cosas buenas no acontecen tan fácil! A la par de lo bueno, sin falta alguna maldad se aferra". ¡Lo dijo como si lo supiera! Los policías de nuevo comenzaron a formalizar listas de los habitantes de las aldeas. Al centro distrital llegaron los estonios, a todos les quedó en claro que de nuevo comenzarán a llevarse a la gente de las aldeas a Alemania para trabajar. Muchos de los habitantes locales, habiendo cargado todo lo que podían llevarse, huyeron al bosque. Pensaban que, a pesar del invierno que se avecinaba, sería mejor estar en el bosque con la hoguera encendida, que vivir en tierra extranjera.

El duo inseparable, Vasili y Petya, solían ir muchas veces a las granjas baldías y sabían que allí en invierno era imposible sobrevivir, todos los cobertizos ya hacía mucho habían sido destruidos, las tablas se pudrieron, además el humo de las fogatas sin falta lo detectarían los alemanes o sus lacayos, los policías locales. Pero quedarse, también era una tontería. Por esa razón, sin esperar que los policías los metan en un galpón cerrado, los chicos se escaparon al otro lado del riachuelo, lo más lejos posible de la aldea. Los oficiales de las "SS"

habrán resuelto que a los habitantes aldeanos se los llevaron los guerrilleros. Siendo así, cómo correspondía en esos casos según sus reglamentos, quemarían las casas en la aldea.

Al comienzo de noviembre todavía no habían caído las hojas amarillentas de los árboles, sin embargo la nieve inclinó hasta la tierra los arbolitos chicos de serbales. Casi toda una semana predominaba el frío que llegaba a quince grados bajo cero, incluso el río Pliusa se cubrió de hielo. En un clima sin vientos, el humo sobre los techos de las casas que quedaron enteras parecía como si se adhiriera a las chimeneas y como chorros blancos se estiraba al encuentro del cielo oscuro con las estrellas no tintineantes y la enorme luna redonda. Esa luna, como un proyector, iluminaba con luz pareja el bosque cubierto de nieve, también la silenciada aldea y la fina capa de los copos de nieve que se extendía por encima de las cenizas.

Toda una semana Vasili y Petya deambulaban por la profunda nieve. Hambrientos y temblorosos por el frío, con botas de fieltro rotas, ellos salieron por fin a las vías del ferrocarril, mucho tiempo caminaban a lo largo de las vías hasta que se encontraron con una aldea desconocida. Llamaron a la puerta de la primera casa que vieron y comenzaron a pedir comida. Aquí todas sus caminatas terminaron. Los policías atraparon a los muchachos y los encerraron en el zócano de la escuela local.

Al día siguiente, a ellos y a todos los jóvenes que quedaban los llevaron a la estación del ferrocarril vecina. Por encima de la multitud de personas agrupadas en un solo lugar, se subían las columnas de vapor. Rodeados de vigilantes con perros, ellos estaban parados allí en el frío dos largas horas, esperaban algo. De pronto se oyó una orden y, sin anunciar nada, a todos los metieron en dos viejos vagones de carga, cerraron las puertas poniéndoles candados, después el tren comenzó a desplazarse. El sonoro ladrido continuo de los perros ovejeros, de a poco se iba

silenciando, solamente las ruedas de los vagones golpeteaban en forma ruidosa en las uniones de rieles comprimidos por el frío. El golpeteo metálico se reflejaba con dolor en las cabezas de los muchachos, como si fuese que marcaban los instantes de la niñez que ya se alejaba.

2.

En el interior del vagón el frío era tan intenso como el de afuera. Por cierto que, al cabo de un par de horas, la respiración de la gente atenuó un poco ese frío. Los muchachitos se acomodaron en un rincón oscuro. Petya cubrió con su cuerpo a Vasili, y éste con un hierro herrumbrado que levantó allí mismo del suelo, comenzó a escarbar en la tabla del piso la cabeza de un clavo mal clavado. Durante cinco horas, sustituyéndose uno al otro, escarbaban la tabla lastimándose las palmas de sus manos hasta sangrar. Un clavo grande afloró unos tres centímetros. ¡Si hubiera con qué sacarlo! Luego se podría levantar una tabla y, con su ayuda, otra más. ¡Eso daría la posibilidad de salir en un instante por debajo del piso y asunto terminado!

Durante las paradas, los vigilantes revisaban el tren de todos los costados, golpeteaban las ruedas y las paredes con mazos de madera. Por la mañana entraron al vagón dos alemanes con abrigos largos y con ametralladoras, con ellos venía un hombre delgado con abrigo negro y con ribetes de varios colores en la manga. No se sabía si era ruso o no, no se podía entender. Miraron a todos. Por lo visto buscaban a alguien. Pero no lo encontraron. No dieron ni agua, ni comida, salieron, cerraron las puertas y el tren de nuevo se puso en marcha. Durante las últimas tres horas, tal vez debido al fuerte traqueteo, el clavo volvió a su lugar inicial y apenas si se lo veía afuera de la tabla. Los muchachitos estaban desesperados por la sed que tenían y, además, sentían una espantosa hambre.

Detrás de la rejilla de las ventanas se veía pasar los árboles, los postes de electricidad, después aparecieron edificios grises de muchos pisos, chimeneas de fábricas, estaciones y cartelitos blancos con letras extranjeras. En sentido contrario a gran velocidad se desplazaban convoyes de vagones cargados con cañones y tanques cubiertos con lona. El cielo gradualmente se ponía oscuro, sobrevinía la penumbra del tercer día. Ya viajaron lejos, seguramente, más de mil kilómetros. De pronto se oyó una explosión. La locomotora largó un prolongado silbato, el vagón recibió un golpe muy fuerte que hizo chirriar los amortiguadores. En las puertas abiertas, junto con el aire congelado de la noche y el oloriento humo del convoy que quemaba, con fuerza irrumpió un sonoro ladrido de perros y entrecortadas órdenes de los alemanes. Todos comenzaron a saltar del tren, la gente aún no había logrado levantarse de la tierra se largó a manotear la nieve, mezclada con tierra negra desparramada por la explosión, y se la tragaba saciando con ella la sed que tenía. Los vigilantes estaban parados en frente de cada vagón y mandaban al torrente humano hacia afuera de las vías del ferrocarril. Por delante del convoy de vagones, se veían boquetes negros en el suelo, traviesas levantadas en diversas direcciones y rieles todos retorcidos y dañados. Alguien comentó que ese territorio era de Polonia.

La columna de gente se extendió como un kilómetro. ¡Allí había todo tipo de gente! Había personas jóvenes, como Petya y Vasili, prisioneros de guerra, policías de vigilancia de Estonia, heridos alemanes del tren estallado. A éstos, por separado de la columna principal, los llevaban los guardianes y enfermeros vestidos con chaquetas blancas. Unas diez personas, pensando que los alemanes se ocupaban de los suyos, decidieron escapar... Pero allí no más fueron ametrallados. Parecía que alguien invisible y omnipresente estaba observan-

do desde lo alto de un árbol, del techo de una casa o, quizás, desde la altura de una nube, vigilaba el orden y de inmediato corregía lo que no estaba correcto en el riguroso mecanismo alemán de distribución de las corrientes humanas.

Llegaron cuatro camiones cubiertos con lona impermeable, los alemanes cargaron a los suyos heridos y se fueron. Pero al gentío de civiles y de prisioneros de guerra los hicieron caminar unos tres días más, sin suministrarles ni agua ni comida. La gente tragaba solamente la nieve. Si alguien se caía, allí mismo le hincaban con la bayoneta. No gastaban balas, se veía que las economizaban. Después, mientras esperaban el tren, a toda esa gente la tenían agrupada cerca de la estación en un galpón grande y viejo con el techo agujereado. Por todas partes estaba lleno de basura y malos olores, cerca de allí sobre la tierra fría estaban tiradas las personas heridas semivivas, las cuales ya no podían levantarse, y otras ya muertas. A éstas les levantaban las manos para recibir por ellas una ración de pan. Como alimento les daban una turbia mezcla líquida caliente, con una porción pequeña de patatas, las que directamente de la bolsa las volcaban a un recipiente grande, no sólo con la cáscara, sino también con tierra. Todo eso, la gente se comía usando latas de conservas vacías, o sus gorros, y si no, directamente haciendo puñadas con las manos.

Petya, quien de la abuela había aprendido consejos racionales, con frecuencia muy oportunamente repetía algunas sugerencias inteligentes: “Mejor no comer ese bodrio —le decía a su amigo—, porque si no, es muy posible que la diarrea te vacíe el vientre, y en ese caso, con seguridad seremos candidatos a morir. Mi abuela siempre echaba la sopa ya fermentada. Esa sopa ni el perro la comía. ¡Es así la cosa! Vamos a economizar el pan. ¿Me escuchas, Vasili?”

Vasili miraba en dirección al rincón más distante del galpón. Allí había mujeres agrupadas. Algunas de ellas, llorando, con cariño mostraban una a la otra unos pequeños envoltorios y de inmediato los guardaban bajo la solapa de su abrigo o chaquetas de algodón. “¿Qué será lo que tienen?” —pensó Vasili, pero en aquel momento no alcanzó a enterarse. Llegó el sucesivo tren y se llevó a la nueva partida de prisioneros junto con Vasili y Petya.

Las plataformas abiertas del tren con las barandillas altas estaban repletísimas de gente. Allí el cuerpo de un ser humano no podía ni siquiera moverse. Entre las personas vivas que estaban paradas, las había incluso aquellas que recién acababan de morir... Los dos muchachos estaban juntos, economizando sus fuerzas, no conversaban. Todos estaban plagados de piojos. Mientras el tren se desplazaba y hacía barquinazos de un costado al otro, no se sentía la existencia de los piojos, pero cuando ni bien el tren se detenía en algún callejón sin salida para dejar pasar al que iba en sentido contrario, el escozor se volvía insoportable.

Tal situación continuó tres días. Al cuarto día, por la mañana el frío se acentuaba, ante los ojos de Vasili todo se puso turbio... para él no estaba ni Petya, ni prisioneros, ni alemanes, ni estonios con ametralladoras por los costados del vagón... Ante sus ojos como si estuviera el joven teniente que vino a la aldea para llevarse a los movilizados; se dirigió directamente a Vasili y estirando su mano-con la pistola gritaba un largo rato, como tratando de demostrarle algo. Luego, de pronto se inclinó hacia él y en voz baja, lentamente, pronunció: “Conmigo, al ataque...”. El teniente una vez más sacudió con la mano, de nuevo gritó algo, y su medalla chocó directamente contra la hebilla del cinturón.

Vasili se estremeció. “¡Conmigo, al ataque!” —repitió lentamente para sí mismo. Pero, ¿por qué precisamente ahora esas palabras han sido oídas con tal precisión? Aquella vez, en junio de 1941, él no le había prestado

atención a esas palabras. “¿Por qué no corrí detrás de aquel teniente?” —ese pensamiento confuso, enredado como si fuese telaraña, envolvía su mente y arrastraba hacia la realidad. “Suponiendo, que yo con el arma en la mano arremeto directamente contra el fuego de ametralladora, caigo al suelo y espero que pase el tiroteo... ¿Pero, entonces, es un acto de cobardía? ¡Efectivamente es cobardía! —se respondía a sí mismo Vasili—. De seguro que durante la batalla nadie actúa de esa manera. Sería una vergüenza. Pero aquí... Aquí es todo diferente. Aquí todo está planeado de otra manera.” —Vasili trataba como podía de convencer a sí mismo. “Es que tú no eres ningún combatiente, estás sin arma, sin ropa de abrigo, hambriento, nadie te ayudará y... El ansiaba que le dieran de comer cuanto antes, que terminara por lo menos la guerra... No importaba cómo... No importaba, no importaba...” Vasili de nuevo sintió un estremecimiento. “¿Quién dijo eso?”. A su alrededor, con los ojos cerrados y balanceándose al ritmo de los golpes de las ruedas, estaban paradas las gentes. Sus cejas, sus pestañas, y espesas barbas sin afeitar, estaban cubiertas por una blanca escarcha, y prácticamente no se veía el vapor de la respiración. “¿Yo mismo lo dije? ¿Seguramente sólo lo he pensado?, O, ¿quizás, también lo estoy diciendo en voz alta?!”

Vasili de repente recordó que durante los últimos diez días ni una sola vez no pensó en Zinaida, en los familiares y que, en general, ya no le importaba nada. Con tal de que finalice lo más pronto posible ese interminable viaje.

El milagro le apareció en forma de un hombre delgado con quepi en la cabeza, con un abrigo negro con ribetes de colores en la manga. En la parada sucesiva, a los prisioneros civiles y militares que se quedaron vivos —los cuales durante la última semana se convirtieron en maniquíes blancos e inmóviles con ropa cubierta de nieve y costra de hielo—, el comando alemán les ofreció una ración de comida y ropa interior limpia.

3.

Detrás de la plataforma, en el edificio de la estación de trenes se leía el nombre de la ciudad: Lublin. Los soldados prácticamente arrebatában a los civiles de la densa masa de cuerpos casi congelados y los llevaban no se sabía adónde. Se llevaron casi la mitad, pero nadie ya no regresó. Le llegó el turno a Vasili. Sus pies estaban casi congelados, hinchados y no le obedecían para nada. De repente apareció un dolor agudo en el bajo vientre que no le dejaba tranquilo y le obligaba a agacharse. ¡Pero quedarse, significaría seguir el viaje vaya a saber a dónde! ¡No! Pasara lo que pasara. El susurró algo al amigo y solo se volcó del vagón a la plataforma. Se paró a cuatro patas. En un instante a su lado apareció también Petya. Muy debilitado, sin poder doblar las rodillas, él se desplazaba a duras penas alrededor de Vasili, hasta que un vigilante, empujándole con la ametralladora en la espalda, por la fuerza los obligó a ponerse de pie. Tres alemanes agarraron a los muchachos de las manos y los arrastraron hacia un costado. “Bueno, ahora nos fusilarán por inservibles,” —le pasó por la mente de Vasili ese pensamiento. De pronto los soldados se detuvieron y luego se retiraron dejando a los muchachos ante el hombre con abrigo y quepi. “No, me parece que el del vagón era otro,” —dudó Petya.

—¿Cuántos años tienes? —fue lo primero que el hombre preguntó con desconfianza, mirándole a Petya de arriba hacia abajo y empujándole con el dedo en el pecho.

—Nosotros tenemos dieciséis años —adelantándose a su amigo mintió Vasili, poniéndose erguido y demostrando todo su porte: los talones juntos, las puntas de los pies separados y los brazos en posición de firme.

Petya hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Su mirada se detuvo fija en el abrigo de buen paño negro del hombre que estaba enfrente de él, pero no podía separarla de los botones brillosos. En su mente, vaya a saber

por qué, le surgió la idea: “Seguramente, esos botones estaban lustrados con polvo dentífrico”. Después levantó su vista en el alemán, demostrando con todo su aspecto su resignación y fidelidad, como si fuese un idiota, inclinó su cabeza y se sonrió a plena boca.

—Elijan muchachos: quieren ir al campamento de la muerte o al Ejército de Liberación Ruso —el tipo alto mostró con la mano el distintivo en su manga y con voz ronca, con el acostumbrado lenguaje trabalenguas agregó: —Si desean prestar servicio a la causa justa, decidan ahora mismo. De lo contrario, mañana se irán a pie al campamento de la muerte. El Maidanek (Plaza de la muerte) está aquí muy cerca —él movió a desgano la cabeza en dirección a unas chimeneas que emanaban humo negro y que se veían en los límites de la ciudad, después de lo cual se dirigió a otros prisioneros.

Vasili no sabía qué significaba “campamento de la muerte”, pero sí se daba cuenta que allí mataban. Tampoco sabía qué significaba el “ejército de liberación”, pero intuía que, con seguridad, no era un ejército ruso, alguna villanía inventada por los alemanes. “Al campamento siempre llegaremos a tiempo —razonaba por dentro Vasili—, pero ir a luchar al frente es exactamente lo que nos hace falta. Estando allí, ya veríamos la posibilidad de borrarnos de alguna manera.

—Tenemos que aceptarlo. ¿No es cierto, Petya?. ¿Combatiremos? —Vasili con picardía miró a su amigo.

—Sí, estoy de acuerdo, para morir siempre habrá tiempo, además, no tenemos motivos... —le dijo Petya, haciéndole el juego. Todo el tiempo él se agachaba para no impresionar ser tan chiquillo y, a su vez, se friccionaba los pies con las manos para estimular la circulación de la sangre que se acumuló en los mismos—. Quizás nos darán de comer, también alguna ropita...

El hombre con abrigo de nuevo se dirigió a los muchachos, empujó a Vasili en dirección de la puerta de una barraca y gritó con brusquedad:

—¡Hacia allí!

Los amigos, encorvados y apoyándose ya en el pie izquierdo, ya en el derecho, entraron en la barraca. Allí a toda potencia funcionaban los calefactores de hierro fundido y hacía calor. Por primera vez en los diez días sintieron calor. Detrás de una larga mesa construida de tablas sin cepillar estaban sentadas dos personas en uniforme —que no se entendía si era uniforme alemán—, pero con hombreras sin “trecitas”. Ellos preguntaban y anotaban todo lo que les decían los muchachos, es decir, su nombre y apellido, fecha de nacimiento, dónde vivían, dónde estaban los padres, si no tenían familiares comunistas y muchas otras cosas más. Después les hicieron firmar un papel, una especie de solicitud para el ingreso voluntario al Ejército Ruso de Liberación.

—¿Y qué? ¡Aunque sea un día, pero será nuestro! —hablaban entre sí los prisioneros de guerra que aceptaron vestir el uniforme alemán. —Sea como sea, pero tendremos tres cigarrillos por día y la mezcla tipo sopa más espesa—. Con el fin de que las familias de los “desaparecidos sin noticias” continuaran recibiendo su ración, los que cayeron en la prisión se hacían registrar con apellidos ajenos y lugar de residencia inventado.

Después de la explosión en el ferrocarril todos los prisioneros se entremezclaron, también los muchachos se ingeniaron usar un nombre y apellido inventado y, para que los aceptaran al ejército y los destinaran al frente, le sumaron años a la edad real.

A todos los que reunieron en la barraca, unas cincuenta personas, los formaron en fila y los mandaron fuera del cerco. Allí ellos se desvistieron, los pusieron en fila a lo largo de la pared y durante largo tiempo los bañaron con chorros de agua que usaban de la bomba de incendios. El agua fría expedía un fuerte olor a cloro que hacía arder los ojos, pero por lo menos lavaron toda la mugre que se les había adherido al cuerpo y también los piojos.

Además, el dolor en el bajo vientre calmó un poco. Después repartieron ropa limpia y botas. Vasili se puso los calzones y el uniforme con el águila aplastada en el lado derecho del pecho y con un distintivo colorido en la manga izquierda. En la mente le surgió el pensamiento: "Resultó una inmundicia, me imaginaba otra cosa... Además, ni se lo podía arrancar" —. Vasili tocó el distintivo con la mano y miró a Petya. Este daba vueltas en el lugar, procuraba ver de todos los lados su nueva vestimenta exageradamente larga: "¿No habrá otros distintivos y águilas que después se podrían cortar rápidamente?"

Al día siguiente los llevaron en camiones a la plaza de la alcaldía de la ciudad. Allí estaban formadas en dos filas gente similar a ellos, vestidas en capas militares como las de ellos y con distintivos en la manga. Prestaban juramento de fidelidad al führer. Todos repetían en coro: "Yo, como hijo fiel de mi Patria, habiendo ingresado voluntariamente en las filas de combatientes de las Fuerzas militares de los pueblos de Rusia, juro ante mis compatriotas por el bienestar de mi pueblo, bajo el comando principal del general Vlášov, luchar contra el bolchevismo hasta la última gota de sangre...". Después, cada uno se acercaba a la mesa, tomaba una lapicera, y luego de mojarla en el tintero, firmaba el texto del juramento. "Aunque estamos en el extranjero, pero la lapicera y el tintero son idénticos a los de nuestra escuela" —se le vino el recuerdo a Vasili, luego en una hoja de papel con la lista de apellidos y firmas, puso su firma un tanto torcida, casi igual a la de la hoja donde decía "Por voluntad propia". Además, en lugar de poner un punto, quería perforar con la lapicera el papel, pero al final no lo hizo.

Los amigos no perdían tiempo en vano cuando se trataba de entrenamientos de tiros y en la preparación militar... Ellos detenidamente, según les parecía, analizaron todos los posibles acontecimientos futuros. ¿A dónde los transportarán? ¿Cuándo? ¿Cómo orga-

nizarán la huída? ¿Qué le dirán a los suyos? En esencia, todo su plan se resumía en que huirían cuando se presentara la primera posibilidad. ¿Qué significaba el juramento ante los alemanes y la firma en el documento? Los muchachos de eso ni pensaban. Es que ellos no traicionarían el juramento nuestro, sino el alemán. Incluso los apellidos eran otros.... Sin embargo, algo le preocupaba a Vasili. No le dejaba tranquilo un sentimiento repugnante. A veces, por dentro, sonaban las palabras: "Sin embargo, de todas maneras, aceptaríamos incorporarnos a ese ejército con tal de no sufrir el espantoso frío en el vagón..." Ese maldito pensamiento Vasili trataba de espantarlo de su mente, pero le volvía una y otra vez a la cabeza: "Qué bravada... ¡Al ataque! ¡Sígueme!... ¡Eres un cobarde, Vasili! Como quieras nombrarte. Igual, eres un cobarde, cobarde y más que cobarde..." En tales instantes Petya miraba a su amigo de una manera especial, como si escuchara sus pensamientos, dudaba en algo y preguntaba a su amigo de manera inhabitual, con los ojos celestes muy serios, preguntaba sobre lo más importante, sobre lo más sagrado: "¿Nos resultará?...".

En diciembre una compañía de soldados de Vlášov mandaron a Bielorrusia, dónde el Ejército Rojo avanzaba en dirección de las ciudades de Vitebsk y Polotsk. Ocuparon una posición de defensa. Durante un largo tiempo cavaban trincheras en la tierra congelada, después, mojados por el sudor, imperceptibles en la nieve por las capas blancas de camuflaje, permanecían sentados en el fondo de las trincheras esperando la orden de atacar. Por delante había un bosquecito raleado, detrás del mismo estaban los nuestros. "Resultaba, entonces, que aquí y allí estaban los soldados rusos...", pensó Vasili, y después de pronto se inclinó hacia Petya y susurrando expresó: "¡Diablos, las distinciones no se podrá cortar! No es posible quitarse la capa de camuflaje..."

—Fíjate lo que tengo —Petya alcanzó debajo de la capa de camuflaje un cuello de uniforme y, con orgullo dio vuelta del revés. Allí brillaba un banderín pintado con esmalte rojo con una estrella en el medio y con grandes letras la abreviatura KIM de la Internacional Comunista. Antes de la guerra lo había encontrado cuando fueron a la ciudad con la abuela.

Al cielo voló un cohete de color verde, los soldados de Vlášov con desgano salieron de la trinchera y en fila lentamente marcharon hacia adelante. Cerca de allí, en dirección donde se encontraban los rusos, disparaba una ametralladora. Los dos muchachos se retrasaron un poco, y cuando los demás ya se iban al ataque, ellos fulminaron a los ametralladoristas, después corrieron para alcanzar a los demás. Lo que hacía falta era desviarse un poco hacia la izquierda, correr unos cien metros, no más. Allí detrás del bosquecillo, a través de un campito, se veía sobre la nieve la tierra recién cavada. Corrían en zigzag, tratando de evitar las balas de los dos lados. ¡Al fin llegaron al bosquecillo! Por detrás de nuevo se oía la ráfaga de ametralladora. Petya cayó de nariz en la nieve. Vasili también, es que era imposible correr bajo la ráfaga de la ametralladora. El llamó a Petya, pero éste seguía inmobilizado con el rostro hacia abajo y sin movimientos. Vasili se acercó a su amigo, con dificultad le dio vuelta de espalda y puso su cabeza sobre el lugar del corazón. ¡Todo silencio! Comenzó a buscar vestigios de balas, y solamente cuando miró los ojos vidriosos de Petya, comprendió. La circunstancia no dejaba tiempo para reflexiones. “¿Arrastrarlo o dejarlo allí? ¿Arrastrar o qué hacer?” —Vasili tardó un par de segundos, después le cerró los ojos a su amigo —habiéndolo recordado cómo lo hacían las personas mayores. Después arrastrándose se alejó a un costado olvidándose del distintivo en su solapa.

Al cabo de un minuto Vasili, franqueando un parapeto de tierra negra, resultó dar “con los suyos”.

A su alrededor todos se parecían a él, con capas blancas, tenían ametralladoras, retiraban a los heridos, gritaban y se insultaban. En el alma de Vasili sobrevino una sensación de calidez, el placer le recorría por todo el cuerpo, incluso le agarró el sueño. Al principio nadie le prestó atención, pero después que el ataque de las tropas de Vlášov fuera rechazado, se le acercaron dos personas, lo miraron detenidamente, y el que era mayor, con un envión con la culata le dio un golpe en la cabeza. Vasili perdió el conocimiento.

De su cabeza ya hace mucho se corrió la capucha blanca y debajo de la misma se veía el gorro negro con orejeras con un águila en lugar de una estrella roja. La conversación con los llamados “suyos” fue breve. Los oficiales de seguridad especial no escuchaban cómo dos muchachos, Vasili y Petya, huyeron del ejército de Vlášov. “¡Tú, siendo un atorrante infantil resultas ser muy pícaro, según veo yo!” —concluyó el teniente, parecido a aquel comandante que vino a la aldea al principio de la guerra. Igual de joven y con una medalla en la solapa. Pero en lugar de presilla color carmesí, tenía hombreras de un vivo color azul. El anotaba detalladamente en su cuaderno y a su vez repetía en voz alta todo lo que escribía, como si leyera por sílabas: “...antes que otros agentes de Vlášov penetró en la trinchera que ocupan los combatientes de la división militar № 4527/23, y fue detenido por los soldados del ejército rojo”.

A Vasili lo trasladaron a la retaguardia, a un campamento de control y filtración. Allí había soldados del ejército rojo vestidos sólo con guerreras, también cosacos con abrigada vestimenta típica de Kubañ, tipos con uniformes negros de policía, varios personajes con uniformes de las “SS” alemana con las presillas arrancadas... Todos dormían directamente sobre la nieve.

¡Por lo que luchamos, con ello tropezamos! —con enfado susurró para sí Vasili. Después de todo lo que le tocó

ver en la sección especial y aquí en el campamento, comprendió de pronto que si no fuera por la edad, lo fusilarían sin pensar. —Por lo menos le creyeron que todavía no había cumplido quince años... El chico incluso logró pensar lo siguiente: “¡Qué lástima, Petya, no tenemos suerte. Resulta, otra vez todo en vano. ¡De nuevo a la retaguardia!”

Pero esta era totalmente otra retaguardia. En la oficina de la prisión a Vasili le pusieron ante sus narices un papel: “¡Fírmalo!” El le echó un vistazo: “Por resolución del comando militar..., en base a los artículos del código penal de la República Federativa Socialista Soviética de Rusia..., por el plazo de 25 años y al destierro permanente...” La hoja de papel de cigarrillos temblaba en las manos de Vasili mientras leía las letras apenas perceptibles con la sentencia. La tinta en la cinta de la máquina de escribir ya hace mucho se había secado, además estaba gastada hasta tener agujeritos, por eso en muchas partes, en lugar de letras, el fino papel estaba perforado por los signos metálicos. Las lágrimas le corrían de los ojos y molestaban ver bien todo el texto. Por segunda vez durante la última semana Vasili firmaba un documento. Por segunda vez en toda su vida. Pero esta vez firmaba con el apellido verdadero. Como afirmando: ¡Me doy por enterado!

4.

Antes de la guerra a Zinaida, la hermana de Vasili, la consideraban como la muchacha más hermosa en la aldea. Tenía ella pretendientes a montones. Cuando llegaron los alemanes, ella no se asomaba fuera y permanecía en la casa, ocultándose. Cuando deportaban a Alemania, ella envolvió su cabeza con un pañuelo sucio. Durante el viaje de una semana en el vagón se acumuló una inimaginable hediondez, en todas partes estaba desparramado heno sucio. Dos baldes de excrementos cayeron y daban vuelta de un lado al otro en el charco de orina, salpicando a los que

estaban más cerca. El viento fresco entraba solamente por la ventanita con rejilla en la parte superior de la pared, pero eso no era suficiente. Por primera vez le tocó salir del vagón solamente en la misma Alemania, en la ciudad de Leipzig. Las muchachas estaban paradas a lo largo de la pared, juntas unas a las otras, hambrientas, sucias y harapientas. En una palabra: esclavas. Al salir del vagón, con los ojos agrandados miraban a su alrededor. En torno todo estaba limpio, las casas pintadas con diversos colores, las iglesias inhabituales, tocaba la orquesta, los trombones lucían brillosos. Mientras trasladaban la columna de gente desde el vagón a la barraca, los soldados con uniformes negros separaban a las muchachas jóvenes para trabajar como sirvientas en las casas de los alemanes ricos. Zinaida resultó entre ese contingente. Su hermosura de todo modo sobresalía a la vista. ¡No se la podía ocultar!

A la mañana siguiente, desinfectada, bañada, peinada y vestida con ropa limpia, Zinaida fue presentada a los nuevos patrones. A partir de ese momento ella comenzó a trabajar como “sirvienta” prisionera incluida en la lista de prisioneros del campamento de concentración núm. 153/45 en los suburbios de Leipzig, pero comisionada a una familia alemana. El jefe de la familia era ingeniero de construcción, un hombre mayor bien formado y educado, tenía una mujer joven, un chico de dos años y un hijo del ingeniero del primer matrimonio, quien era un estudiante. Todos de modales cultos, amables, no gritaban y la casa era limpia y ordenada. Zinaida tenía su propia habitación, una cama con mesita de luz, un gran espejo y dos frazadas. Ella aprendió rápido a entender las ordenanzas, e inesperadamente para sí misma, recordaba las frases largas en alemán y las pronunciaba de modo correcto y sin acento. Entre muchos vestidos y delantales, destinados para el personal de servicios, ella elegía, como le parecía, los modelos más simpáticos y con los coloridos más amenos para la vista.

Sus dueños lo notaron. Le comenzaron a prestarle confianza. Ella servía la mesa, hacía compras para la casa en la ciudad, incluso también atendía al niño. En resumidas cuentas, ¡eso sirvió para elevarle el mérito!

El hijo mayor del ingeniero, alto y esbelto, con aspecto intelectual, además, incluso daba muestras de haberse enamorado de la empleada doméstica rusa, con frecuencia entraba en su habitación, le ayudaba con el idioma alemán, incluso él mismo aprendía el ruso. Cada vez que llegaba, le traía una flor. Una vez, una ramita con flores de “mimosa”, otras, lilas, iris y otras más, cuyas denominaciones ni recuerdo, por tener nombres poco conocidos. Cuando besó a Zinaida, ella se echó a llorar, pero esas lágrimas hacían que sus ojos oscuros se convirtieran mas hermosos aún.

En su tiempo libre Zinaida se sentaba a la mesa y con una lapicera escribía con tinta las cartas para su hermano Vasili y sus hermanas. Cada semana les escribía y siempre agregaba algo en alemán. Contaba como vivía en el extranjero, qué trabajos hacía y comentaba lo bueno que era el hijo de su patrón. Cada vez que preparaba una carta, colocaba en el sobre su propia foto. En una aparecía con un vestido nuevo, en otra, con abrigo y carterita luciendo un gorrito en la cabeza de manera que no le cubría el peinado. Se acumuló todo un paquete con sobres. Zinaida los juntaba atándolos con una cintita. Parecía como un diario personal. Lo malo era que ella contaba de sí misma, pero no sabía nada de sus familiares. ¿Cómo estarían? ¿Cómo Vasili se las arreglaba solito en la aldea?. El tontito, con seguridad, de nuevo se habrá ido a combatir contra los fascistas.

Sin embargo, el tiempo pasaba. En otoño del año 1943, reclutaron para la guerra al hijo mayor de su patrón. Lo llevaron del cuarto curso de la Universidad. Antes de la partida hacia el Frente Oriental, el padre y el hijo conversaron mucho tiempo y en voz alta. El jefe de familia,

como si tratando de convencerlo, con insistencia explicaba algo al hijo. De qué hablaban, Zinaida no alcanzó a entender. Ella entendía algunas frases separadas: "Hitler y los nacifascistas iniciaron la guerra... Eso será la muerte de Alemania..." Después hablaron de la familia, del deber, de la Patria... Pero Zinaida, habiendo vivido en Alemania un solo año, comprendía que en Alemania ya sólo esas palabras serían suficientes para que los interlocutores fuesen a parar a un campamento de prisioneros.

Después de transcurridos tres meses, llegó una información de que el hijo del ingeniero desapareció sin saberse adónde. Cuando el padre leía esa noticia oficial, su esposa estaba sentada en el sillón y lloraba sin parar teniendo en las manos un pañuelo blanco con el cual se secaba las lágrimas. Zinaida estaba de pie a su lado y también lloraba. El pequeño hijito del dueño de la casa, por el susto se le pegó rodeando con sus manitas las rodillas de ella...

En la víspera del Año Nuevo 1945, para la Navidad, los patrones le regalaron a Zinaida un nuevo abrigo de paño, una chaquetilla de piel de ardilla, un gorrito adornado con la misma piel, además, también le regalaron unas botas de cuero de color marrón con tacones. ¡Con todo eso, ni más ni menos, se la veía como una alemanita! Ya hablaba, leía e incluso escribía en alemán libremente. ¡He aquí un extraordinario talento! En tres años Zinaida pasó a ser casi como un "miembro de la familia" para ese hogar alemán.

En una oportunidad, en primavera, el ingeniero invitó a Zinaida pasar al despacho para conversar con él, algo muy inhabitual para un patrón y una empleada. El le propuso a Zinaida ir con la familia de él a occidente, a Lotaringia, lugar de su nacimiento. El incluso le explicó las razones. "Porque la guerra pronto finalizará, el fascismo por fin será derrotado, y vivir después, de todos modos, será mejor más distante del ejército ruso, con sus comisarios... Yo sé lo que digo. Yo trabajé en su país, en Rusia,

en 1935..." El jefe de familia de tanto en tanto insertaba en la conversación en alemán palabras en ruso, como si con ello deseara conquistar su confianza. Zinaida ya se había acostumbrado al hecho de que no todo entendía de lo que en la casa se conversaba. Tampoco había mucho para entender, ya que estaba todo claro, sin palabras. Pero en esta situación era necesario convencerla. Y las inserciones de boca del alemán de palabras rusas no muy exactas, argumentos no le sumaba. Las palabras vertidas, por el contrario, solamente agudizaban la situación y generaban el rechazo de Zinaida, le hacían volver los recuerdos de su aldea, recuerdos de su hermano y hermanas... Además, esas palabras le obligaban a recordar otra cosa. Sobre el sentimiento que le inculcaban desde la infancia: "Abandonar a su país o incluso pensar en eso, ya significaba un delito, tan terrible como el espionaje o el sabotaje..."

Zinaida se quedó sola en la casa grande y vacía.

En el primer día, cuando ni bien llegaron los rusos a la ciudad, a ella la consideraron alemana, comenzaron a preguntarle dónde se encontraba la familia, dónde estaban los hombres; buscaban uniformes militares en el armario. Pero cuando ella les habló en ruso, funcionó el instinto. "¡Resulta, bestia miserable, que sabes también hablar en ruso! ¡Espía!", —al comienzo a Zinaida le pegaron y después le arrastraron a la cama. Sus lágrimas, sus gritos, su idioma ruso, y todas las palabras obscenas que ella conocía, no los detenían. Es que a ellos les motivaba no tanto el erotismo, cuanto la venganza. Por más que ella trataba de aparecer como rusa, la sentencia de los soldados cortaba como navaja: "¡Mujeres rusas como ésta no existen!"

En el comando militar soviético comenzaron las verificaciones y los interminables interrogatorios. Por ese filtraje pasaban todos: los prisioneros sobrevivientes de los campamentos de concentración, trabajadores cautivos, personas internadas, los ex-soldados de Vlâsov, refugiados y emigrados de los países del Báltico, de Ucrania occi-

dental. Pero, como faltaban traductores, Zinaida les vino muy bien. A ella la incorporaron al plantel de la administración militar. Ella presenciaba en los interrogatorios, traducía, anotaba los interrogantes y las respuestas. Cualquier cantidad de historias humanas ella pudo ver en los tres años de postguerra. Había también personas con situaciones muy similares a la suya. Casi a todos enviaban a campamentos de filtración. Dejaban en libertad de inmediato sólo en un caso: si alguien podía confirmar que la persona trabajaba aquí con los alemanes y que luchaba contra el fascismo junto con los alemanes y comunistas en las actividades de conspiración... En general, hasta que se averiguaba todo, pasaban dos años. Allí mismo, en Leipzig, en el año 1947, supuestamente en mérito por su trabajo en el comando militar administrativo, a Zinaida la admitieron en las filas del Komsomol.

En aquel momento muchos tenían serias dudas: “¿Volver a la patria o no?” Pues no estaba claro qué pasaría con ellos. Es que si habías trabajado para el enemigo, significaba que tú mismo ya eras “¡enemigo del pueblo!” Pero este tipo de reflexiones preocupaban más a aquéllos, quienes resultaron en manos de las tropas estadounidenses o inglesas. Pero para los que estaban en la zona rusa, ese tipo de razonamientos surgía raras veces. A Zinaida le solían surgir en el fondo de su alma esas ideas preocupantes, pero de inmediato desaparecían. Cuando al principio de la guerra por primera vez ella fue a parar en el centro mismo de Alemania, la propia frase: “la ciudad está llena de alemanes” impresionaba espantosamente. Pero después se acostumbró. Y ahora la rodeaban rostros familiares: ¡considera que ya estás en tu casa! Desde el comienzo todo estaba claro para ella. ¡Regresar cuanto antes a su casa! A su aldea natal.

Después de haber trabajado durante tres años en la Comandancia, Zinaida recibió el Certificado del Ministerio de Seguridad del Estado que confirmaba que ella, a pesar

de haber pasado por el “campamento de internación”, era una “persona de confianza”. Ella regresó a Leningrado. Vestía ropa alemana —además, ni siquiera tenía otra— pero esa ropa la hacía inhabitual y a muchos los ponía en guardia. Caminaba por la ciudad una hermosa muchacha, todos quienes la veían, se daban vuelta para mirarla, lo cual parecía darle la razón a los de Leipzig cuando afirmaban: “¡Mujeres rusas como ésta no existen!”

Las hermanas Caterina y Alexandra todavía en el año 1944, enseguida después que retiraron el bloqueo de Leningrado, retornaron de la evacuación, y en 1947 fueron recomendadas para trabajar en el Centro de Informaciones del distrito de la ciudad de Primorsk, la ex finlandesa Koivisto. Adonde muy pronto se fueron también sus esposos, primero Dmitri, esposo de Caterina, después, Gleb, esposo de Alexandra. Gleb fue tanquista, trabajaba de soldador con equipos a gas en una planta industrial, única en la ciudad. Todos los días iba al trabajo a las siete de la mañana y retornaba a las 19 horas, muy cansado. Tardaba una hora de viaje para llegar a su casa. Algunas veces traía del trabajo un balde o una bomba de agua de acero inoxidable, contruidos en la planta. Allí había mucho metal inoxidable. De ese metal los trabajadores se hacían taburetes, baldes para preparar productos en salmuera, manijillas para las puertas y cuchillos. También todas las tumbas en el cementerio local brillaban con ese metal. En los domingos Gleb, cuando se sentaba a la mesa, siempre le gustaba tomar tragos y con tristeza recordaba los años anteriores a la guerra, cuando él estaba en la gloria, era un tractorista reconocido, premiado en reconocimiento con un diploma firmado por Kalinin, Presidente de Presidium del Consejo Supremo de la Unión Soviética...

El marido de Caterina todavía en 1942 fue dado de baja del ejército por invalidez, retornó a vivir con su esposa, habiéndola encontrado en la evacuación. El no tra-

bajaba, la mayor parte del tiempo permanecía en casa y le gustaba tomar vodka. En cierta ocasión en un sanatorio, después de unos quince años de finalizada la guerra, un médico le sugirió que, en lugar de beber desmedidamente el vodka, era mucho más beneficioso tomar un buen vino seco. Era más saludable. ¡Encontró el médico a quién sugerir esa idea! Resultó que él se tomaba el vino a litros por vez. Ya no quería recordar los divertimientos juveniles, tampoco las desenfrenadas peleas después de los bailes en el club de la aldea. Cuando en 1964 a la familia la trasladaron al primer edificio de cinco pisos —con gas y calefacción en la ciudad, durante semanas enteras no salía del apartamento.

A Zinaida le dieron una habitación en una casa de madera de un piso en los suburbios de la ciudad Primorsk cerca de Vyborg en la costa del Golfo de Finlandia. En torno había galponcitos contruidos con tablas descoloridas sin pintar y, además, varias barracas semicaídas que fueron heredadas de los finlandeses. Ella comenzó a enseñar el idioma alemán en la escuela local. Ella era joven y hermosa, imposible no prestarle atención. Durante todo un mes le seguía con insistencia un muchacho bien visto, de nombre Nikolay, con patillas largas y una cabellera que sobresalida de su gorro de marinero, él era oficial mayor en una lancha pesquera. Toda la gente de la circunscripción lo conocía. Tipos como él no dejaban pasar de largo a ninguna falda femenina. Zinaida trataba de eludirlo, a ella le gustaba un vicedirector de escuela, maestro de matemáticas. Este era ya bastante mayor y muy atento y amable. En cambio al oficial mayor le gustaban mucho las juergas y también le gustaba mucho la bebida, además era unos cinco años menor que Zinaida.

Cierta vez, después de un festín con motivo del inicio de la navegación, Nikolay con insolencia y descaro invadió la vivienda de Zinaida, la volcó sobre la cama y la violó. Zinaida quedó embarazada y no halló otra salida

que la de formalizar el matrimonio con Nikolay por temor a que ese hecho no se hiciera público: ya sin ello era vista “no como todos”.

A Nikolay muy raras veces se le podía encontrar en la casa. Pero cuando regresaba, se prendía a la bebida. En cada caso como éstos, el matrimonio caía en el regañamiento y discusiones, con motivos y sin motivos. Cuando veía las fotos de ella con gorrito y sonriente, traídos de Alemania, de inmediato comenzaban los gritos y reproches, rompía las fotos en pedacitos, quizás de celos por aquella vida de su esposa. Con frecuencia en esos días incluso pegaba a su esposa.

Cuando llegó el tiempo para dar a luz, se aclaró que el feto estaba sin vida y que ella jamás podría tener hijos.

5.

Los condenados del campamento siberiano se enteraron de la finalización de la guerra después de cierto tiempo, más o menos luego de un mes. Esa información la ocultaban. Debería ser porque no querían compartir con ellos la alegría. Es que anunciar eso ante una fila formada de prisioneros era totalmente otra cosa que decir después de un combate frente al Reichstag. ¿Qué, después de comunicarles habría que estrechar a cada uno en un abrazo y besarlos? Además, los prisioneros eran muy diferentes: había prisioneros de guerra alemanes, nacionalistas ucranianos, combatientes extremistas, que cometieron delitos durante la guerra o la ocupación, del ejército del general Vlasov, policías, etc. Estaban aquellos que ya cumplieron su plazo de diez años de prisión, militares e ingenieros, investigadores y curas, contadores y estudiantes... A estos últimos los denominaban “políticos” y los trasladaban por etapas de un campamento a otro para que no se acostumbraran unos a los otros. ¡Una mezcla compuesta por “espías”, “saboteadores” y “par-

tidarios de Trotski y Zinóviev” podía llegar a explotar! También merodeaban en torno toda clase de ladrones y verdaderos bandidos, y ¡pruebe entender quién es quién! Todas esas cosas en uno mismo estaban tan entremezcladas, que era difícil discernirlas...

Cada uno a su manera aceptaba la noticia de la victoria en la guerra. Había quienes no reaccionaban de ninguna manera. Entendían que, siendo vencidos los alemanes, significaba exactamente que habría que permanecer todavía por mucho tiempo en la prisión. Con diferencia de que ahora, para que se ventilen lo más pronto posible las ilusiones inservibles, por milésima vez, saliendo de la fila formada, habrá que pronunciar mucho más fuerte y más nítidamente: “Prisionero de nombre tal, artículo de prisión número tal, plazo de condena, tantos años”. Tal vez eso provocaba en alguno de ellos una emoción en su interior, bajo la casaca del abrigo, cerca del corazón, pero muy levemente, como si esa victoria ocurriera no aquí, sino en alguna parte de Corea o China, y que la misma de ningún modo estaba vinculada con ellos, ni por el tiempo, ni por el territorio, ni por el espíritu. Algunos se alegraban por la victoria sinceramente, otros comenzaban a esperar la amnistía. Los policías y los soldados de Vlášov, aquellos que fueron verdugos, se enfadaban: en su momento apostamos a los alemanes, pero al final perdimos. Estos no abandonaban la posibilidad de vengar de alguna manera a los “alemanes”, entre los cuales también figuraban los extremistas-nacionalistas y agentes de los países bálticos.

Siendo recluido en una zona nueva, en la región de Komi, detrás de los Urales, o en Kolyma, Vasili se fijaba en los rostros tratando de detectar con pesar a alguien como él —en realidad no un soldado del general Vlášov, condenado por un delito “sin culpa ni pena”. Vasili trataba de no recordar su infancia y su pasado. Esas reflexiones martirizantes no llevaban a nada bueno, no terminaban con cosas positivas. Pero cuando en la penumbra se apagaban

todos los colores, él no tenía adónde escapar de sus martirizantes reflexiones. El miedo le obligaba a vivir con los recuerdos, asignándoles un carácter de heroísmo ficticio. En su consciente se le enredó toda su vida, a veces se sentía ofendido por ser así, débil, estaba preso sin saber por qué, y no podía como otros, casi con orgullo y en forma atrevida denominarse soldado del “General Vlášov”.

Después de todo eso, siempre llegaba la mañana, gris, triste y olvidada. En estos casos el futuro se le presentaba como un espantoso caleydoscopio de una penosa tristeza, de esperanzas no materializadas y de expectativas por lo desconocido.

“¡Escaparme! Recoger hongos, pescar muchos pescados, encender una fogata, construir una choza”, —como un niño soñaba Vasili—. “¿Por qué no? Yo puedo... Pero, ¿para qué?” Y de nuevo le cautivaba un sólo pensamiento: ¡Huir! Escapar al bosque, meterse en las espesuras donde no le pudieran encontrar. Ir al Norte, quizás... El permanecía acostado con su ropa de prisionero en la tarima de dormir descubierta que parecía estar pulida con esmeril, pero también impregnada con suciedad y sangre de miles de prisioneros. Sobre el campamento se agrupaban y se desplazaban lentamente las nubes cargadas de lluvia, que de un instante a otro podían descargar su agua. Como si fuese el destino, esas nubes presionaban sobre cada uno de los que vivían allí, despertando en él la apatía total, o la disposición de actuar. La primera destruía la esperanza, y la disposición de actuar destruía la apatía. Dependía de uno mismo qué es lo que triunfaría.

“De todos modos había que esperar el verano” —decidió Vasili.

En verano del año 1947 todos se reanimaron un poco. El sol con rapidez devolvía las fuerzas. En cierta ocasión, en julio, el jefe eligió a diez personas y las mandó acompañadas por vigilantes a un nuevo objetivo en el bosque, distante más o menos veinte kilómetros. Allí había una

especie de galpón o vieja casa semidestruida, la cual de inmediato cercaron con alambre de púas. En esa casa instalaron a los prisioneros: presos políticos, delincuentes, soldados de Vlásov y un prisionero de guerra alemán. La vigilancia estaba instalada allí cerca en una carpa. En un pino alto fijaron dos proyectores que estaban conectados a un motor a diesel. En un bosque espeso, vaya a saber para qué, era necesario cavar doscientos pozos de dos por dos metros y con profundidad también de dos metros. El calor era insoportable. Del calor y de los mosquitos marrones que abundaban en todas partes era imposible ocultarse. ¡Pero, de todos modos, eso era mejor que el campamento! Como solía decir Petya: "Pero sin falta cerca de allí alguna porquería se aferrará". Los malignos chupasangre, seguramente, para eso vivían allí, para quitarle a todo lo viviente la energía que les regalaba el sol. Las ampollas provocadas por las picaduras cubrían el rostro, el cuello y las orejas. Las frotaban hasta sangrar con las manos sucias, después todo el cuerpo se cubría con abscesos. Los mosquitos, habiéndose saturado con la sangre, se debilitaban y caían al suelo o en los platos con la mezcla líquida de comida. Algunos presos despectivamente separaban esos mosquitos con la cuchara. Otros, sin prestarle atención, absorbían el agua caliente con la cebolla cocida y las hojas ralas de repollo junto con la espesa papilla marrón.

La vigilancia permitía al turno de tarde dejar los pozos sin terminar y allí cerca comenzar a cavar nuevos, a fin de que en horas de calor insoportable entrar en pozos sin terminar y, a la sombra de sus paredes, sacar la tierra. Ésta removida era insoportablemente pesadísima. Otras veces los presos se sentaban en el fondo y escarvaban con el pico para saber qué había abajo : "¿Qué habrá más abajo, cuándo comienza la tierra normal?". Desde arriba era todo caliza y más caliza, con la pala era imposible levantar. A las 16 horas, la vigilancia llevaba a todos al riachuelo a tomar agua. Entraban al riachuelo con la ropa y como

caballos tomaban agua, la cual bajo el sol árido se volvía tibia y no saciaba la sed. Mientras no veían a vigilantes, alguno que otro se ingeniaba meterse al agua con la cabeza hasta cerca del fondo y allí bien abajo tomaba agua más fresca. Pero si el vigilante no veía al prisionero, de inmediato empezaba a tirotear con la carabina al agua: por intento de escaparse.

Cavaron todos esos doscientos pozos, los llenaron con mezcla de concreto con cemento y en la parte superior de cada pozo, para los futuros postes, construyeron una especie de encofrados de la misma medida, entre ellos a la altura de dos metros tendieron tablas que servían de camino para las carretillas. La mezcla del hormigón la preparaban los rateros, los presos políticos estaban parados cerca de los pozos y tiraban piedras en la mezcla líquida que volcaban de las carretillas, los restantes transportaban las carretillas sobre las tablas de 40 mm de espesor que fueron colocadas por encima de los encofrados. Dichas tablas no estaban clavadas, sino que estaban colocadas una sobre la otra, pero debido al peso del prisionero junto con la carretilla, las tablas se doblaban y se separaban, y los presos se caían directamente sobre las piedras que estaban desparramadas en todas partes. Del costado no se veía, debido al bosque de postes de hormigón de dos metros, si el preso se cayó o todavía llevaba su carretilla pesadísima de madera por la serpentina del camino construido con tablas. Todos se caían varias veces en el día, sin embargo las tablas no había con que reforzar, los clavos se usaban bajo estricto control. Vasili también tenía el cuerpo y el rostro con moretones, las palmas de las manos las tenía vendadas muy fuerte con trapos, pero los músculos de las manos estaban tan estirados de manera que ya no podían sujetar incluso la cuchara. Durante dos meses ante sus ojos veía sólo la espantosa caliza roja, como si fuese empapada con sangre, y la masa gris de la mezcla del hormigón que se balanceaba.

El alma de Vasili se aliviaba únicamente al final del turno, cuando todos ya, habiéndose echado en el heno, comenzaban a roncar. A través del ronquido apenas si se escuchaba el débil vibrar del follaje de la arboleda de álamos. Vasili se levantaba, luego se acercaba a un agujero grande en la pared y se deleitaba, cómo el follaje cambiaba su colorido bajo los rayos de los poderosos reflectores. En un instante, el color oscuro y casi invisible se transformaba en color blanco, con un tono brillante y plateado. Como si allí, detrás del cerco de alambrado de púas, el mundo restante estaba iluminado y llamativamente tintineaba en la noche.

“Precisamente aquí es necesario huir —resolvió Vasili—, la vigilancia se compone de cinco personas, esconderse será fácil, llegó el tiempo oportuno...”

Ese día todo el tiempo delante de él se vislumbraba un alemán delgado con la carretilla, por detrás iba un robusto ex-soldado de Vlázov. De repente el alemán se perdió de vista. “¡Ahí tienes la sorpresa!”, con disgusto casi gritó Vasili. ¡Resultaba, que él se había preparado, todo había calculado, pero ese tipo de pronto se le adelantó! El tipo delgado y largo, encogido de manera innatural, estaba tirado en el suelo entre las piedras, la carretilla se había caído muy cerca de sus pies, y los labios, en el rostro ensangrentado, algo susurraban. Vasili oyó decir : “Ayúdame”. Vasili también quería caer de esa manera del camino por donde pasaban las carretillas, quería esconderse detrás de un montón de piedras y más tarde escapar al bosque por entre pozos y postes. El alemán le arruinó el plan. Si eran dos los desaparecidos, ya sería mucho, los descubrirían enseguida.

Vasili detuvo su carretilla, saltó al suelo y remolcó al alemán hasta un barril con agua para la mezcla de hormigón que se encontraba cerca de un galpón. Se le acercó un guardián, Vasili hizo una señal con su mano como diciéndole que era cosa corriente, arrancó un pedazo de la

camisa limpia del alemán y le vendó la cabeza. El golpe le pareció serio, era posible una conmoción cerebral, pero no salió mucha sangre. El alemán quedó acostado en el suelo cerca del barril, a los demás por la tarde los llevaron al río a descargar a mano, es decir, con palas, una barcaza con cemento. Regresaron por la mañana del otro día, todos estaban blancos, con suficiente cemento aspirado que les alcanzaría para el resto de sus vidas. Vasili tosía sin parar, temía que en su interior algo se podrá pegar con el cemento aspirado, se le adherirá y se endurecerá como los postes del encofrado. Tenía mucho sueño, pero por la gran tensión, no podía dormirse.

El alemán se recuperó, renqueando vino a ver a su salvador para expresarle su agradecimiento. Hablaba bastante bien en ruso. Despacio él sacó una hierba verde que tenía guardada detrás de una tabla de la pared, luego sacó otra cosa más envuelta en un trapo y todo eso le pasó a Vasili.

—Es rábano silvestre y miel. Envuelve en la hoja y mastícalo, no te enfermarás...

—¿De dónde la sacaste? —se sorprendió Vasili.

—El rábano silvestre lo encontré en la costa —solememente pronunció el alemán—, lo cavé con las manos y lo planté detrás del galpón, ya en otoño se podrá comer la raíz. Claro está, que si llegamos a vivir hasta ese entonces... Pero será necesario regar de tanto en tanto.

—¿Y ésto que es? —preguntó Vasili, arrancando con sus dientes un trocito de una masa viscosa de color marrón oscuro. El sabor era astringente con una suave acidez, pero el extraordinario aroma de tilo, dejaba sentir un poco el olor a humo. El producto extraordinario calmó un poquito la ininterrumpida tos de Vasili.

—Miel. La encontré aquí cerca, en un hueco. Te mostraré—, el alemán de pronto se puso muy serio, como si fuera que no había nada más importante en la vida, agregó:— Allí hay más, pero no hay que llevarse toda la

miel, es necesario dejarle a las abejas un poco, para que tengan para el invierno.

Para la hora de levantarse quedaban dos horas. El alemán hablaba sin parar de su persona. Contaba que era un estudiante de botánica, que no había logrado terminar sus estudios porque lo reclutaron en 1943 y de inmediato lo mandaron al Frente Oriental. Primero lo destinaron a la división de intendencia de abastecimiento de productos, después su división fue rodeada, muchos murieron, pero él con un pañuelo blanco se rindió como prisionero.

—Es mejor estar aquí en el campamento de prisioneros de guerra que en el frente matando a la gente pacífica —decía el estudiante. El vio muy bien cómo los oficiales del comando de las “SS” obligaban a los soldados rasos a hacerlo. —Los nacifascistas son una gran desgracia para Alemania—. Era evidente que el alemán se alegraba por haber podido, por fin, contar todo lo que sentía, que por fin encontró a la persona que le ayudó, que lo escuchó con atención y que probablemente le comprendía.

Por su parte Vasili lo escuchaba y todo el tiempo masticaba la mezcla de rábano silvestre y miel. Esperaba oír la expresión habitual para los prisioneros alemanes: “Hitler Kaput”, pero no llegó a oírla. Sobre sus peripecias Vasili no podía hablar, tampoco quería. “Nadie me creía y este alemán menos aún me creería” —concluyó Vasili. De pronto el alemán tomó del brazo a Vasili, le miró directamente a los ojos y en forma muy tranquila y con convicción le preguntó:

—A ti, ¿quién te reclutó para la guerra? Seguramente tú mismo querías ir al frente de guerra. ¿No es así?—. Vasili afirmativamente movió con la cabeza.— Tú quisiste ir al frente de guerra y al final caíste. No interesaba, que fue por el uniforme que tengo,— el alemán se tocó con el dedo el pecho donde quedaban huellas del emblema del águila que le fue quitado—. Para mí resultó todo lo contrario... Ni tú querías la guerra, ni yo tampoco,

sin embargo ahora estamos aquí juntos en este galpón. Tú has demostrado una actitud hacia mí como a un ser humano. Yo ni siquiera podía pensar que eres así, siempre me miraba con odio. Pero resultó distinto...

—El ruso no puede estar enojado largo tiempo.

— Sí, mi padre me lo decía. El conocía a los rusos y siempre estaba en contra de esta guerra—. De pronto el alemán calló y apretó los dientes, movió con la cabeza como si se imaginara algo grave. —¿Qué habrá pasado con él? Si no fuese por mi padre, quizás no me hubiera hecho prisionero. ¡Había una propaganda... espantosa! ¡Tú tampoco deberías haber creído en todo eso!

—El estudiante de nuevo indicó el lugar donde se destacaba una mancha oscura en el uniforme descolorido, como los que usaban las tropas del general Vlášov.— Cuando yo me iba, mi padre me repitió las palabras del filósofo de la antigua Roma: “Erradicar el miedo del alma y diseminar las tinieblas, no deberían ni los rayos del sol ni el resplandor de la luz del día, sino la naturaleza misma con su presencia y su sistema interno...”

Estas últimas palabras Vasili no las entendió, pero de todos modos en el alma algo se le estremeció en aquel entonces. Lo extraño era comprender si el alemán escuchó de alguien sobre ese personaje insociable de Vlášov o era tan perspicaz. Vasili quedó sinceramente asombrado por sus palabras, de inmediato tomó confianza hacia ese muchacho y después, como una esponja, absorbía todo lo que él le decía. Precisamente esa misma noche en el corazón de Vasili se despertó cierto sentimiento desconocido. No, no era convicción, sino lo más probable, una tranquilidad inexplicable. Era como si él entrara en un puerto tranquilo, un asilo maravilloso para el alma martirizada, y aquí en el bosque todo resultaba ser una caricia para su mirada, y parecía que esa caricia no lo cansaría nunca. Era idéntica a los momentos cuando estaba con Petya en la alta orilla del río Pliusa... “¡Qué cosa extraña! —pensó Vasili—,

un poquito de agua tranquila y la luz del sol poniente: las cosas más simples, más comunes, pero al mismo tiempo, las más valiosas que nivelaron a todos...”

—No vale la pena intentar la huida —el alemán interrumpió las reflexiones de Vasili—, uno solo de la plena taiga siberiana no podrá salir y mucho menos con un calzado tan roto. Mañana déjame tu calzado, te los repararé—. Después de una breve pausa, agregó: —Tú repites constantemente: “Libertad, libertad...” Lo principal es sentirte libre, lo demás, ¡es una tontería! Como suelen decir en tu país, todo se remuele.

—“Sentirte libre, estando detrás del alambrado de púas...” —en voz alta repitió Vasili—. ¿Cómo puede ser eso? No de inmediato, pero muy pronto, incluso esa misma mañana le pareció que había entendido.

Después de un recuento matinal, a los presos los llevaron a trabajar en los pozos. Las ropas endurecidas por el sudor y el cemento dolorosamente raspaban el cuerpo y molestaban dormiquear en el trayecto. Entre la fila desapareja de los prisioneros con ropa blanca por el cemento, el alemán se destacaba con su uniforme verde oscuro. El caminaba y, sin mirar delante de sus pies, se deleitaba con la naturaleza, por momentos levantaba la cabeza y miraba el cielo celeste dando la impresión de que el día anterior no se había caído sobre las piedras y que él no se encontraba en el campamento y que, en general, no se sentía prisionero. Por lo visto, esa mañana él se sentía alegre: en los alrededores libremente susurraban los árboles, el rocío brillaba de tanto en tanto sobre la hierba, se percibía el aroma y la frescura matinal y en todas partes se apreciaba el aire embriagador: ¡Respira hasta no poder más! Allí cerca estaba su huerto al lado del galpón techado. Las plantas se marchitaron un poco bajo el sol matinal. El estudiante, como si estuviese embrujado, sacó de su bolsillo un jarrito y a pasos tranquilos se dirigió hacia el barril con agua...

Se oyó un disparo. El alemán se detuvo, giró su mirada en dirección del guardián, mirándole muy sorprendido, pero en un instante más se cayó de espaldas al suelo. Como si detrás de él alguien lo golpeará muy fuerte con un palo por los pies. Los presos reaccionaron, se detuvieron, tres de ellos trataron de acercarse al muchacho que estaba caído en el costado del camino, comenzaron a mover con las manos, a gritar con insultos contra el guardián. De todas maneras diez personas no era un centenar. Estaban juntos durante un mes y se familiarizaron. No importaba que el caído era alemán. Al principio a muchos se les ocurría golpearlo o darle un fuerte empujón en forma disimulada.

Vasili fue el primero que intentó acercarse al alemán, pero inmediatamente se oyó un chasquido que produce el cerrojo al montar el arma, y se detuvo quedando fijo en el lugar. El alemán estaba acostado al igual que ayer, con las manos tiradas a los costados, sus largos pies doblados de modo no natural. La venda ensangrentada en la frente se corrió, aplastando sus cabellos rubios, y los ojos abiertos ampliamente miraban hacia arriba. En ellos se reflejaba el cielo matinal y la sincera sorpresa no logró todavía apagar la alegría refulgente. Al costado de las plantas, con sus anchas hojas un tanto marchitas, estaba tirado su jarrito de aluminio.

6.

Un año después, en 1948, a todos los prisioneros de guerra alemanes los repatriaron. Pero antes Vasili, con sus diecinueve años de edad, se perfilaban veinte años de campamentos y todavía un año más. Pero ahora él se sentía aliviado, ahora podrá superar, logrará vencer, sobrevivirá. Estaba seguro de sí mismo. Le apareció un cierto fundamento, o algo así, que lo sostendría en las horas, días, meses y años difíciles.

“Pueda que todo así está estructurado —reflecionaba el muchacho con la experiencia de un viejo.— Sin haber probado la amargura de la vida y sin dejarse vencer en determinada ocasión, es imposible creer en sus propias fuerzas”. Ahora Vasili actuaba de una manera distinta en relación a muchas cosas. Muchos hechos le quedaron claros, pero, lo más importante, era que él comprendía y se sentía a sí mismo y su vivificante unidad con la naturaleza. Solía ocurrir que con enternecimiento miraba incluso el vapor que se levantaba sobre los montículos de tierra virgen —calentados por el sol naciente— cavada a lo largo del cerco de alambre de púas, allí donde todo estaba libre, y más precisamente, donde estaba el suelo natal... Ahora comprendió qué guardaban las mujeres llorando cuando iban por el camino a Polonia. El comprendió: era su tierra natal.

En el año 1953 falleció Stalin, después al campamento siberiano llegaba una infinidad de comisiones, las que citaban todos los días de cuarenta a cincuenta personas condenadas. La conversación duraba no más de cinco minutos y siempre finalizaba con una misma cosa: “Usted cometió un delito, pero ahora el gobierno soviético le concede la amnistía y lo deja en libertad”. La palabra “rehabilitación” los amnistiados ni siquiera la conocían.

Después de la amnistía Vasili se quedó en la región de Magadán. ¡Es que el destierro eterno nadie lo abolió! El trabajaba donde encontraba trabajo, estudiaba en la escuela primaria, después finalizó la escuela nocturna de enseñanza media. En 1957 se abolió también el destierro.

“¡Por fin! ¡Estoy libre! ¡Puedo viajar adónde quiero, puedo hacer lo que quiero! Ahora puedo incluso buscar a mis familiares”.

Precisamente ahora, cuando todos los problemas quedaron atrás, cuando parecía que era posible tranquilizarse, sin embargo en el alma algo le comenzó a preocupar, y los nuevos interrogantes inquietantes de ninguna ma-

nera lo dejaban en paz: “¿Quién soy ahora? ¿Cómo vivir entre los familiares? ¿A qué dedicarme?”.

En la memoria cada tanto resurgía la imagen de la hermana Zinaida, adulta y seria como una maestra. En la mente también estaba presente Petya con sus razonamientos inteligentes... ¡De ninguna manera era posible olvidar sus ojos celestes! Con esa estricta inmovilidad incidían dolorosamente sobre los nervios. “¡Pero ¿cómo hubiera actuado él si aquella vez habríamos podido llegar hasta los nuestros?”. Petya por nada de la vida habría aceptado que en algo él tuviera la culpa. “¡Yo sí, que lo conozco! ¡Aceptaría o no, daba lo mismo! ¡Lo importante era el hecho de qué pensaban de ti los demás! ¿Quienes?”

La memoria de nuevo lo retornó al campamento siberiano, al año 1947, a la conversación con el alemán, el cual en la última noche de su vida le regaló una hoja verde de rábano silvestre y miel, además sus francas revelaciones... “Todo lo que acontece contigo, solamente te fortalece” —convencido afirmaba el estudiante.— No lo digo yo, así lo afirmaba nuestro filósofo. Créeme —el alemán miró a Vasili y, como disculpándose, en voz baja pronunció: —¡No te ofendas con la Patria! Ahora le es muy difícil. Tanto para tu Patria, como también para la mía. Ella no puede mirarle a cada uno en el corazón—. Lo dijo y se sonrió, seguramente pensó: —¿Comprenderá esto el muchachito? —Pero en aquel entonces él mismo tenía tres años más que Vasili.— Yo diré lo principal. No es tan importante lo que tú pudiste hacer de bueno, sino lo más importante es tener conciencia de qué es lo que quieres y a qué aspiras. Y que nadie jamás lo sepa. Quizás te podrán considerar un enemigo. Tal vez en toda la vida no podrás demostrar nada a nadie...”

En aquella noche de las revelaciones con el condenado alemán, Vasili se acordó por primera vez en los cuatro años, cómo antes de la guerra Petya y él permanecían parados sobre la alta barranca, felices y libres, se deleita-

ban con la belleza del atardecer, del río y la aldea natal e imaginaban muchas cosas sobre el futuro... Después recordó la polvareda detrás del camión que se iba al frente. Esa polvareda incluso la sintió en sus dientes... Recordó también el vagón con el clavo herrumbrado y las palmas ensangrentadas de sus manos... y ese diabólico águila en el pecho del uniforme.

Después de transcurridos diez años, todas esas reflexiones para Vasili ya no eran suficientes. El ansiaba ser útil para la gente, quería ser objeto de buenos elogios y deseaba el calor espiritual de un ser querido. ¿Y quién era el familiar más cercano y querido? ¡Naturalmente, esa persona era Zinaida! Estaba convencido que era necesario contarle todo a ella, además consideraba que había que visitar sin falta la aldea natal y subirse a la orilla alta del río Pliusa...

Al cabo de un año Vasili encontró a sus familiares. Zinaida le hizo llegar una invitación y después él fue a visitarla. La ciudad no era simple, había una planta industrial muy importante, lo que significaba una zona cerrada, pero las autoridades locales le destinaron una habitación en una casona con horno-calefactor típico, medio derrumbada, situada en un pueblito obrero, próximo a la ciudad, y le dieron el permiso de residencia. Todo lo que pudo Vasili lo reparó y además se abasteció de leñas para el invierno. Debido a datos negativos de su pasado, a la planta industrial no lo admitieron. Encontró trabajo como fogonero en un internado para niños inválidos. Realizaba jornadas de 24 horas, con descanso de tres jornadas seguidas. Los primeros tiempos vivía con Zinaida y Nikolay. Pero cuando se pasó a su vivienda, con frecuencia se iba al bosque, con una lancha llegaba a los islotes y largo tiempo deambulaba por allí, buscando árboles ahuecados con colmenas de abejas silvestres. Al final Vasili encontró una colmena, después construyó varias cajas para los enjambres y las colocó en un claro del bosque. A los dos

años Vasili ya suministraba miel por intermedio de cooperativas de consumo, ganaba buenas sumas de dinero, con lo cual podía vivir olgadamente. Después compró muchos materiales de todo tipo, tales como: cuero, gomas, fieltro, hilos fuertes y organizó un taller de reparación de calzados. Los reparaba para todos los conocidos. En el pueblito todos sabían que Vasili, el zapatero, curaba con miel silvestre todas las enfermedades, que siempre estaba dispuesto a prestar ayuda y dar buenos consejos. Él se transformó en una especie de sabio-curandero, en fin, en la ciudad ya era una persona necesaria y sabia. En aquel entonces él tenía tan sólo treinta años.

Vasili vivía en forma bastante cerrada, no iba a ninguna parte, solía ir al almacén de productos comestibles o tiendas donde podía adquirir ropas. Ocurría que llegaba al almacén de comestibles, sin decir nada, mostraba con el dedo una barra de pan, pagaba, la agarraba y se iba. Se parecía a un extranjero. Hasta ese entonces no se había casado. Pero cuando entraba a su colmenar, se transformaba por completo. Solía caminar entre los colmenares, sacar algo de la colmena, volvía a colocar de vuelta en el lugar y todo el tiempo conversaba y conversaba sin parar, es decir, conversaba con las abejas: a un colmenar elogiaba, a otro regañaba, pero de un modo ameno... Por otra parte, Vasili sabía escuchar a la gente. Si alguien llegaba a su casa a comprarle miel o simplemente para conversar, o para contarle algunos de sus problemas, después se retiraba como reanimado, seguro, con la sensación de que de pronto se le sumaron ánimos y alegría.

Al segundo año después de la llegada de Vasili, los familiares por primera vez se reunieron para celebrar el aniversario del 9 de mayo. Casi al final de la comilona, los hombres se levantaron de la mesa y se acercaron a la costa del golfo. Nikolay un tanto agitado, en forma poco natural se sonrió, sacó de su bolsillo una pequeña botellita de vodka, luego de otro bolsillo sacó tres copitas de vidrio

húmedas con adheridos vestigios de tabaco. El preguntó: “¿Brindaremos por los nuestros?”. Los cuñados se dieron vuelta uno hacia el otro, Vasili se quedó un poco a un lado. Gleb y Dmitri miraron a Vasili y, como si sintieran timidez, bajaron la vista, pero al instante volvieron a mirar al familiar. En sus rostros se leyeron sentimientos contradictorios. ¿Acaso serían destellos de cólera? , ¿O sería porque brillaron las lágrimas en sus ojos y con una película transparente apagaban todas sus emociones?

Nikolay, sin haber bebido vodka de su copita, de forma inesperada le dio un golpe fuerte en el pecho a Vasili, después se distanció hacia atrás, como si sospechara recibir una trompada en respuesta, hizo movimientos con sus manos y gritó: “¡Por los nuestros!” El instinto funcionó en un instante. Los cuñados tiraron las copas con vodka no bebida y cada uno como podía, con las manos, con los pies, con muletas, también se pusieron a pegar a Vasili.

Daba la impresión que Vasili se lo esperaba, incluso ni se sorprendió. Comprendía por qué le pegaban, aunque aquí presenciaba no solamente el “odio hacia todos los soldados de Vlášov”, sino que había algo más, algo personal, que se originó en los años de posguerra o algo así... Comprendía por qué en los ojos de Gleb y Dmitri aparecieron lágrimas. Y por qué esas lágrimas eran diferentes. El sabía que Nikolay en lo sucesivo será el primero en iniciar lo mismo, para demostrar que él puede pegar más fuerte que todos los demás. También porque no estuvo ni una sola vez en el frente, también por el hecho de que Zinaida amaba con pasión a su hermano, además, también porque a Vasili, el zapatero, la gente le conocía y lo respetaba. Y aunque esos cuñados eran sus familiares, sin embargo, en el pasado nada unía a Vasili con ellos, excepto la misma guerra...

Transcurrida una semana después de aquel día, Vasili y Zinaida decidieron visitar la aldea natal. Aunque parecía que ésta se encontraba muy cerca, todo el día se pa-

saron viajando, primero en tren, después en un autobús y luego en automóvil que iba de paso. Al fin llegaron hacia la noche. En la aldea no quedaban casas enteras, pero en el matorral espeso del serbal encontraron su propia sauna al estilo ruso que se conservó casi intacta, allí se quedaron para pernoctar. A la mañana siguiente, antes de salir caminando a través del bosque en dirección de la estación de trenes, se quedaron parados cerca de la casa de rollizos que estaba carbonizada, visitaron la tumba de los padres, después se elevaron a una barranca alta y desde allí se pusieron mirar durante largo rato lo que había quedado de su aldea natal...

El cauce del río estaba recargado con la corriente rápida de agua primaveral. La misma se lanzaba hacia abajo y parecía que nadie podría detenerla. La superficie del agua reflejaba el sol inmóvil y las nubes blancas que lentamente se desplazaban. Al parecer, algún pescado saltó del agua, aspiró un poco de aire y de nuevo volvió a la profundidad. Sólo después, de ese lugar, amachando el brillo del sol, en distintas direcciones corrieron las olas apenas perceptibles. Con facilidad desviaban los juncos y las piedras, esas olas se dispersaban en la costa, abarcando los troncos de abedules que asomaban del agua y los ramitas desfoliadas de alisos.

—Comprendes, en la vida de ellos no todo se formó como era debido, incluso no está todo bien ahora—, Zinaida fue la primera en hablar—. Es tremendo que ellos sean así. Es cierto, ellos no tuvieron las experiencias como las que tuvimos tú y yo... Pero el efecto de la guerra repercutió en todos, también me da lástima por ellos...

Vasili no entendió al principio de que su hermana se refería a los familiares, pero cuando él se dio cuenta, se sonrió, como si deseara tranquilizarla, luego la abrazó por los hombros y dijo serenamente:

—¡Se puede pensar que tanto para ti, como para mí, la vida se nos dio como debería ser!

—¡Sí, no se dio como es debido! ¡Es cierto! Pero tanto tú, como yo, somos más fuertes... A ti te respetan...

—Especialmente tu héroe. A él se le ocurrió ser el primero en darme un golpe, como si se vengara por alguna razón—, le interrumpió a Zinaida Vasili.— ¿Cómo puedes vivir con él?

—Yo, si quieres saber, no vivo con él como es debido. Es pura apariencia—. Zinaida se calló por un momento y luego le dijo:— Sabes Vasili, yo tampoco nunca lo quise. El por la fuerza se apropió de mí... Al igual que nuestros soldados en primavera de 1945.

—¿Por qué entonces aceptaste formalizar el matrimonio?

—¿Y el embarazo? Pero la criatura nació sin vida... Bueno, en general...

—En mi caso, también, en “general”—. Vasili se calló, no sabía cómo decirle. — Tú sabes que Petya siempre decía: “Que lo bueno no se da por sí solo. Sin falta a su costado se le aferra alguna porquería”.

—¿Y entonces, qué?

—Ya lo ves, estoy totalmente solo—. Después en tono tranquilo agregó: —Tengo ya treinta años, todavía no he tenido ninguna mujer y seguramente ya no podré tener...

Zinaida de inmediato se puso seria, rozó la mano de Vasili como si tratara de calmar al enfermo.

—¡Pero qué dices, Vasili! ¡Quítate eso de la cabeza! Lo único que nuestros hombres no pueden vencer es el alcoholismo... Todo lo demás, son pequeñeces, todo se resuelve.

Ella volvió su hermoso rostro hacia su hermano. Sus ojos oscuros y grandes de pronto se iluminaron de modo muy especial, como si estuviesen mirando el destello colorido de petardos.

—Yo amaba solamente a uno...— dijo ella, tranquilizándose, como si quitara de sus espaldas un peso grande, como si le revelara su secreto principal. —En aquel entonces yo vivía en Leipzig en la casa de su padre.

—¿Quién era? ¿Un alemán?

—Sí, ¿y qué? ¿Suena extraño? Puede ser que sea extraño. Puede ser que para otros sea incluso terrible. Pero para mí esos días fueron los más felices de mi vida. Sí, allí en Alemania...

—¿Y por qué, entonces, no te quedaste allí?

—¿Renunciar al hogar paterno, a ti, tontito, a las hermanas?...

—¿Y qué? Si lo amabas en serio...

—Es que él desapareció. Además, después...

—¿Qué pasó? ¿El falleció?

—Se fue a la guerra y después desapareció.

—Quizás, puede ser que todavía viva. En algún lugar de la RFA pasa una vida gorda—, dijo Vasili.

—En Lotaringia...

Zinaida de nuevo quedó callada.

—Nosotros con Petya con frecuencia nos subíamos aquí —dijo en voz baja Vasili tratando de cambiar de tema—, este es su lugar. Aquí hubiera sido deseable sepultarlo... Pereció muy tontamente, antes de llegar adonde estaban los nuestros, a unos 100 pasos. Tal vez haya sido para mejor...

—¿Pero quién moría prudentemente?

—¿Cómo, quién? El que, a la vista de todos, con los brazos abiertos tapaba con su cuerpo la cañonera, o aquel que, por el impacto de la bala, caía sobre el abedul, abrazándolo. ¡He ahí quienes!

—Mi querido hermanito Vasili, me imagino que no estarás ofendido con los familiares, ¿no es cierto?— de pronto le preguntó Zinaida.

—Pero, dime Zinaida, ¿por qué ese celo inexplicable? ¿O quizás sea una especie de avidez? —en lugar de respuesta pronunció Vasili. —De cualquier manera nosotros triunfamos... Sin embargo, ellos no quieren compartirlo con nadie...

—¡Quieren que el festejo sea únicamente de ellos!

—La Victoria no corresponde dividir —convencido, como una verdad muy sentida, pronunció Vasili. —¡“ES UNA VICTORIA PARA TODOS”! No sólo para los heridos, para los que perecieron elegantemente, y para los “nuestros”, sino también para personas como Petya, como tú y como muchos otros..., como yo... La guerra nos usurpó todo.

—Cada uno pagó su precio —comprendiendo concluyó Zinaida. Toda una generación se fue vaya a saber adónde, y nosotros hasta este momento pagamos las consecuencias. Tú, siendo un chico ingenuo, Vasili, corrías detrás del camión para ir al frente... Yo recuerdo... Tu querías mucho a tu Patria... Y la querías cómo corresponde... ¿Pensabas que te creerían allí en la avanzada del frente? Nosotros, como familiares, te creemos—. Zinaida puso la mano en el hombro de su hermano.— Lo principal, es que ahora estamos juntos. Encontrarás para ti una esposa, compañera, tendrás tus hijos... y a ellos la vida los espera en adelante...

—Yo también conocí a un alemán —de pronto recordó Vasili. —El era joven, se entregó solo. Estuvimos juntos en un mismo campamento de prisioneros. El me ayudó muchísimo. Conversamos toda una noche, pero yo aprendí de él tantas cosas importantes que me alcanzarán para diez años. Era estudiante. A él le gustaba toda clase de hierbas—. Vasili pensativo miró a lo lejos y agregó con tristeza:— Yo aprendí de él a encontrar y recoger la miel silvestre...

—¡Ese era él! ¡Exactamente, era él! ¿Se llamaba Günter? —exclamó Zinaida.

—¿Günter?

Vasili no sabía el nombre de aquel joven alemán.

Juez y, a su vez, verdugo

1.

El invierno de 1941 y 1942 resultó muy frío. Sin embargo, el fangal de Lemovzha en algunos sectores no llegó a congelarse. A comienzos de enero Fiódor Astájov, persiguiendo al starosta del distrito y a su hermano, de casualidad entró en una zona con musgos cubierta por una fina capa de hielo, cayó en el terreno fangoso y a duras penas salió de allí, y luego mojado caminó mucho tiempo. En realidad, él no buscaba al principal policía local Vsevolod Kliónov, sino a su hermano menor, Piotr, quién en la aldea vecina, desde el altillo de su casa mató con ametralladora a dos personas que no eran de la localidad. Los fusilados eran guerrilleros o paracaidistas. Estos estaban con cascos y ropa de trabajo. Al ver que en la aldea no había alemanes, comenzaron a recorrer las casas pidiendo comida. Como si fueran chicos.

Después de esa mala suerte, Fiódor se resfrió muy fuerte, temblaba. Con mucha fiebre llegó a casa de su madre. No pudo aguantar más, resolvió visitar a su madre tanto para entrar en calor como para curarse del fuerte resfrío. Tomó bastante leche caliente con manteca, se cambió de ropa y se acostó bajo una pesada cobija de algodón, con medias de lana puestas, pantalón negro de vestir, camisa gris casi nueva y, encima, una chaqueta. En la casa no había para él otra cosa para ponerse. Se ató la boca con un trapo para que no se oyera la persistente tos que tenía. Después de haber tomado leche caliente, sudaba a torrentes.

Inesperadamente a la aldea llegó un contingente de soldados alemanes. Todos llegaron en motocicletas y camiones. Eran muchos, vinieron para establecer de dónde habían aparecido los guerrilleros. Fiódor logró saltar al sótano y así vestido como estaba se escondió en el pozo donde guardaban las papas. Los costados del pozo estaban reforzados con tablas de madera. Con la mano muy cuidadosamente puso arena sobre la tapa. La herida en la mano se hizo sentir de inmediato, casco de metralla penetró aún más provocando, de tanto en tanto, un agudo dolor en la zona del codo.

Varios soldados alemanes con un perro ovejero entraron ruidosamente en la casa y de inmediato se sentaron a la mesa. Uno de ellos bajó al sótano y alumbró con su linterna. Con una horquilla hincó la zona con arena, incluso logró meterse debajo de la habitación grande donde estaba el pozo para guardar papas. Para llegar hasta allí tenía que agacharse mucho. Pero allí, en esas condiciones, no pudo manejar la horquilla. Por eso al cabo de unos cinco minutos salió del sótano llevándose consigo un frasco con pepinos en salmuera, se unió a sus colegas sentados a la mesa que ya estaban ruidosamente voceando y bebiendo.

Fiódor con mucha antelación, todavía en octubre, había cavado ese pozo bajo el piso como escondite para la madre en el caso de que prendieran fuego a la casa. Allí ella podría salvarse del fuego y sobrevivir el incendio. En la base de la casa, del lado del río, él había comenzado a hacer un boquete, para lo cual ya extrajo varios bloques de piedra, tapándolo con una hoja de chapa herrumbrosa. Cuando había nieve, el boquete no se veía, y en verano en ese lugar crecía la hortiga. De allí se podría salir desapercibidamente. Pero hasta ese momento la boca de salida no estaba terminada. Todavía quedaba por sacar dos o tres bloques de piedra.

Por la mañana los alemanes se fueron. Fiódor, semi-vivo, salió del sótano con su cara pálida, espantosamente

hinchada. Incluso el perro no lo reconoció. Hacia la noche los alemanes se retiraron del todo. Se llevaron a algunas personas, quemaron todo lo que había en la aldea vecina, incluso las casas de los predios particulares. Eso lo hicieron para que no se les ocurra recibir a gente extraña. Los policías de la localidad, Kliónov el menor y Ósipov, para demostrar su servil fidelidad, agarraron a un huérfano deambulante —un gitanito—, herido en la barriga, lo arrastraron fuera de la aldea. El huérfano lloraba y gritaba quejumbrosamente a causa del dolor. El chico tendría unos doce años. Ya fuera de la aldea, lo mataron y lo tiraron a un barranco.

“¡Liquidaré a esos bestias! Sin falta y en primer lugar. El starosta de la región esperará un poco. A éstos todos los habitantes de la aldea los han visto” —se prometió Astájov.

Después de esa desafortunada curación casera, Fiódor no volvió más a la casa de sus padres. Una vez vino para terminar el boquete de salida en la base de la casa. Otra vez, para traerle a su madre media bolsa de harina y un trozo de carne de cordero para salar, que encontró en el galpón de un policía que vivía cerca del pueblo Moloskovitsa. Entregó a la madre todo eso y retornó rápidamente al bosque, a su vivienda cavada en la tierra —zemlianka.

Astájov se habituó al nuevo régimen diario. En el bosque dormía hasta las diez. Después, mientras se mantenía el calor del hornillo calefactor, en una ollita preparaba la papilla, en otra, cocinaba la carne de cordero congelado. Era la comida para el desayuno y el almuerzo, pero esto no ocurría todos los días. Cada vez cocinaba para tres días. Lo más complicado resultaba cómo guardar la comida preparada para que no se coma la zorra que aprendió a entrar en la chabola. La misma ya dos veces se comió las reservas de comida preparada por Fiódor.

Una vez por semana lavaba la ropa en el agua que calentaba en el balde sobre el hornillo, se cortaba el cabello

y se afeitaba con un cuchillo afilado como navaja. El balde, su cuchillo preferido desde la infancia, el jabón, la sal y las ollitas de hierro trajo de su casa el primer día. Por las mañanas, cuando el hornillo se apagaba, él cerraba la entrada a su vivienda con las ramas de pino, encima tiraba nieve. Después daba vuelta a un largo rollizo y, por la parte que no estaba cubierta de nieve, cuidadosamente pasaba a través de los matorrales hasta un caminito, de allí volvía a dar vuelta el rollizo con el lado de la nieve hacia arriba y se iba a la aldea porque era necesario ver y explorar personalmente qué pasaba y de manera imperceptible llegar a la casa de su tío Egor. Allí se enteraba de las novedades que había en la fábrica láctea, de los policías, de los alemanes, también qué pasaba con los muchachos que no se fueron a prestar servicios como policías para los alemanes.

Fiódor Astájov, habiendo llegado a la aldea, se subió a una roca roja y miraba desde allí el paisaje conocido desde la infancia, sus sinuosidades, el puente y las cúpulas de la iglesia. En la aldea, prácticamente no existía sensación de vida. Del correo salieron dos policías en nuevo uniforme de color negro, recorrían las casas, algo anotaban en un cuaderno blanco. Al encuentro de ellos, en dirección a la escuela, venía caminando María Ignátievna desde la casa vecina, llevando un bidón grande con leche.

Allí, al parecer, funcionaba el estado mayor de los policías de cinco aldeas vecinas. También la madre de Fiódor iba caminando en dirección de Krasny Mayak, llevando un bidón. A ella le ordenaron llevar cada día leche fresca para la guardia de la planta láctea, distante aproximadamente unos siete kilómetros. Apenas si caminaba, pues le dolían los pies.

Fiódor se acordó de su llegada a la casa de la madre después de evadirse del campo de prisioneros. Recordó cómo ella lloraba y se alegraba al mismo tiempo viendo a su hijo vivo. De inmediato corrió las cortinas en las

ventanas y cerró la puerta con una traba. El abrigo grande de piel ovina —con el cual Fiódor iba caminando por los bosques desde la ciudad Kaunas, recorriendo más de 500 kilómetros hasta la casa de su madre—, de inmediato lo metió en el horno ruso que estaba todavía caliente. El abrigo en el instante quedó blanco por los piojos achicharrados. La casaca rotosa, la camisa y el pantalón los quemó en el hornillo quemador, luego le trajo agua caliente. Fiódor se lavó como pudo directamente en la habitación. Después la madre le lavó la herida en la mano con vodka casera y la vendó con una toallita blanca limpia. Del altillo le trajo un viejo pullover abrigado, un pantalón de guata algodónada, botas de fieltro con chanclos que quedaron todavía del padre. Fiódor tomó la sopa de hortalizas sin carne y se sintió muy bien... La madre no disuadió al hijo y aceptó de inmediato el plan que él tenía para llevarlo a cabo en su tierra natal...

2.

Cuando se vive en la aldea, uno se acostumbra desde la infancia a hacer todo solo, minuciosamente, con exactitud, que dure mucho, para sí mismo. Fiódor conocía todos los montículos en el campito cerca del caserío donde él con su padre solían guadañar el pasto. Recordaba cada rollizo cuando transportaban la casa del predio particular hacia el terreno en la aldea, que quedaba casi sobre las orillas del río Lemovzha... La propia naturaleza acepta con agrado a todos quienes gustan convivir con ella. A los otros la naturaleza no los soporta, los rechaza.

El mecanismo estatal es todo lo contrario, con mayor frecuencia el mismo sirve para cambiar la naturaleza. Mucha gente, muchas fábricas, grandes planes. Involuntariamente, uno tiene que adaptarse y hacer las cosas aunque no le gusten.

Si se resuelve construir aviones, entonces ¡todos deben estar dispuestos! Si se decide la colectivización, entonces cada tercer campesino es denominado ricacho acaparador, cada tercero es tildado de enemigo del pueblo. Si retrocedemos, a todos se nos tilda de generadores de pánicos y cobardes; si caemos prisioneros, se nos tilda de traidores. Ese mecanismo seguramente no puede actuar de otro modo... Pero es que Fiódor Astájov es uno sólo. Actúa sin jefes superiores, sin órdenes de arriba, sin subordinados, sin tribunal y sin poder. ¡Y vaya uno a entender! ¿A qué atenerse?

Cuando se trata de los alemanes, todo está claro. Contra ellos debe actuar de modo inadvertido y sin presunción. Continúa la guerra, nadie de los habitantes locales irá a curiosear: ¿Quién es el héroe que hizo volar el puente o la sede del Comando? Cosa normal. Pero, Dios mío, a nadie le será indiferente que ese tipo, igual que ellos, que vivió en vecindad con ellos, que los traicionó, le haya alcanzado el merecido castigo. Para ellos eso equivaldría a un cierto acto de justicia. Quizás, eso serviría para los que demás, más débiles de carácter, apocados y engañados, pero no tan canallas como aquél, se pusieran a pensar.

A simple vista todo parecía estar claro. Pero a Fiódor le agobiaban las dudas. En su mente surgían cada vez más nuevos interrogantes. Interrogantes dirigidos, en primer lugar, a sí mismo.

¿Estará él en condiciones de vivir solo y ocultarse durante largos meses en la zemlianka? No debe enfermarse. No puede estar herido. Nadie te podrá ayudar. En la casa de sus padres no puede quedarse, por más que le pida su madre. Sin falta se enterarán, lo averiguarán y avisarán a los policías. ¿Cómo en esta situación moverse? En todas las aldeas callejean los policías patrulleros y revisan los salvoconductos. ¿Cómo buscar ayudantes y correligionarios? Eso probablemente era lo más difícil. Es que éstos, a diferencia de él, no pueden desaparecer incluso por breve

tiempo para realizar junto con él algún acto de sabotaje. Si desaparecen, liquidarán a toda la familia. ¿Irse junto con la familia?, pero ¿adónde ir?

Lo más complicado era otra cosa. ¿Qué podía ofrecer a los locales para que se decidieran de pronto ir con él? El Ejército Rojo se fue, abandonándolos. Las octavillas lanzadas por aviones invocando que pronto el ejército retornaría, ejercían un efecto totalmente contrario. El nuevo poder ya estaba instaurado y actuaba. Además, actuaba con crueldad. Los alemanes estaban allí cerca, en el Bolshoy Sabsk, a media hora de viaje. En cualquier momento podrían arremeter. Ellos no recorrían las aldeas como los policías. Ellos directamente sacaban a todos al patio frente a la iglesia, después recorrían las casas para cerciorarse si no había quedado alguien oculto. Si detectaban algo raro para ellos o les surgía la más pequeña sospecha, de inmediato fusilaban a toda la familia o también quemaban toda la aldea.

Todo aquel que vivía allí, con toda razón del mundo podía pensar: ¿A lo mejor el país, al igual que toda Europa, ya perdió la guerra? Pues, en nuestro país existió el dominio de los tartaro-mongoles durante varios siglos..." Cuando a Astájov herido, junto con otros prisioneros apresados, transportaban en vagones hacia la retaguardia alemana, muchos pensaban del siguiente modo: "¡Se apoderarán de Moscú y Leningrado, después nos dejarán en libertad!" Ese modo de pensar significaba una simple sumisión o renuncia a resistir a la fuerza más poderosa, era un tipo de conciencia cuando la persona comienza con facilidad a aceptar los dictados de una fuerza externa. Y ya no importa de qué fuerza se trata, de la propia o externa. La persona, de todos modos, cumple y acata su voluntad.

¿Qué podía él contraponer a eso? ¡Únicamente la acción! Únicamente acciones activas contra esa fuerza externa. Y de nuevo, ya por reiterada vez, surgía el mismo interrogante. ¿Actuar solo o con un destacamento?

Ni bien retornaba Fiódor a ese interrogante, un montón de otros problemas comenzaban a asomar como los hongos después de una lluvia tibia. “¿Buscar guerrilleros o el ejército rodeado?, ¿simplemente deambular por los bosques, esperar que ellos solos se aparezcan por aquí? ¡No! Yo ya había recorrido tanto y no encontré siquiera algún parecer de guerrilleros. Además, no con cualesquiera iré. Ya aprendí bastante. Ya vi tantas personas vagando por los bosques...” Las condiciones del momento exigían aprender a actuar solo, sin esperar ayuda en el transcurso de largo tiempo.

¿Qué necesitaban los habitantes locales, cuyos hijos y maridos ya eran policías y servían a los alemanes? ¿Que necesitaban los propios policías? Todos eran tan distintos. Había que buscar aquello que los separaba. Unos necesitaban simplemente sobrevivir. Para otros ese servicio les significaba ganarse un trozo de pan. Para otros, como a Kliónov, les interesaba demostrar su fidelidad ante el nuevo poder instaurado, enriquecerse y seguir teniendo su codiciado poder sobre la gente. Y solamente algún grupo que odiaba al Poder soviético, con alegría veía en el nazifacismo alemán como a sus salvadores. Gente como esta aparentemente no la había. Era necesario que todos ellos entendieran, que si se convertían en escoria humana, los matarían. Pues que vieran que el castigo le llegaría a cada uno.

Resultaba entonces que Astájov por su propia voluntad se convertía en juez y al mismo tiempo en verdugo. ¿Quién le permitió?, ¿quién le dio poder para eso? ¿A él, que no hacía mucho estuvo en la prisión y casi fue fusilado por sus propios correligionarios?

Fiódor Astájov de pronto sintió claridad en la mente, como si se liberara de la embriaguez ideológica, de las directivas militares y reflejos del lodo ilusorio y falso. Ante su conciencia él sacó conclusiones claras. Había que matar al enemigo. ¿Eso lo hacía bien o mal el país?

Tu país, ¿te valoraba o te rechazaba? De verdad, eso era elemental. Pero a todo esto trataba de no darle importancia. Consideraba que lo fundamental era expulsar al enemigo de su tierra. Como pueda, expulsar al enemigo. Matar, perjudicar y crearle dificultades. Y de ese modo, ayudar a los suyos..., a los familiares, a su esposa, al pequeño hijo, a su madre... Después a la gente sin falta le entrará a funcionar la memoria. La misma extraerá del pasado todos los detalles de la traición y de la falsedad. La imaginación transformará esos detalles en formas reales... Luego, la conciencia por sí misma despertará. Esa no será la conciencia falsa de un esclavo que ha perdido su personalidad, sino que será una conciencia auténtica, que obliga a pensar, adoptar decisiones y actuar.

3.

Desde la cima de la roca Fiódor Astájov vio cómo su madre se encontraba con la vecina Dmitrievna. Ella también vivía sola, y a su casa con frecuencia llegaban los policías a comprar vodka casera. Ocurría a menudo que se bebían el alcohol en la casa misma de la vecina y después se iban de recorrida. Pero mientras bebían, hablaban mucho de sus propios asuntos, a quién ascendieron, a quién ahorcaron, a quién y hacia dónde lo mandaron, quién es el más importante, etc. Su madre, al encontrarse con Dmitrievna, siempre se detenía, la saludaba, y esperaba que la vecina comenzara a contarle sus aventuras y jactarse con sus sabidurías.

En las cercanías de la iglesia estaba parado un sulky con caballo. Hacia allí se arrimaban los vecinos de las aldeas Jotnezhi y Koriachi. Eso indicaba que anunciarían alguna ordenanza. “Interesante era saber, ¿quién habrá llegado? ¿No sería el mismo Kliónov?” —imaginaba Fiódor. Sin embargo, aquél sin guardia de seguridad no iba a ninguna parte. Cuando la vez pasada llegaron los

alemanes y fusilaron frente a la iglesia al molinero, también reunieron a mucha gente. Pero aquella vez vinieron solamente el hermano menor de Kliónov y Osipov.

Al cabo de dos horas todos se retiraron. De nuevo volvió el silencio, nadie quedó en los alrededores. Por la noche se podía salir a la calle y caminando por la aldea se podía llegar a la casa de cualquier policía, y de cerca, percibir qué tipo de persona era. Habitualmente ninguno de ellos se acostaba a dormir antes de las dos de la noche. Daba la impresión de que estaban esperando algo. Después, durante largo tiempo medía la distancia de una aldea a la otra, los caminos de desvíos, y las vías para las retiradas. Para analizar las modalidades de los principales policías era necesario conocer muchas otras cosas. Hacia dónde iban, para qué, cuándo, qué tipo de armas usaban, si tenían guardia de seguridad. La planta láctea era otro asunto. Cómo llegar a la planta Fiódor ya lo sabía en detalles, también cómo incendiarla. Quedaba por saber qué tipo de guardia de seguridad tenían allí y dónde se encontraba, dónde concretamente y cuántos barriles de manteca había en el depósito. Además muy cerca, a cinco minutos, en la aldea Sabsk, se encontraba una división alemana. Era imprescindible conocer todos los detalles también sobre dicha división...

A las dos de la noche, a veces más tarde, Fiódor volvía al predio de la casa particular, a su chabola. Primero de todo debía prender el hornillo, calentar la comida y después ponerse a dormir. Pues al día siguiente, o sea, ya hoy, sería un día duro. Se enteró que por la mañana el policía Osipov iría al riachuelo Luga a visitar a sus familiares. Lo cierto era que Fiódor no sabía si Osipov iría solo o con su amigo Kliónov. Sabía únicamente que, por lo general, nunca andaba solo. Siempre acostumbraba ir con dos o tres personas de guardia.

Sobre las cimas de los pinos caía una cortina enorme de cielo grisáceo. No se veía ni una sola estrella...

Un poco más, el cielo y el bosque se fusionaban. Sobre la cara caían copos de nieve que se derretían rápidamente. Fiódor se detuvo un instante. Había un silencio absoluto. Ningún sonido ni ruido de ramas. En las cercanías se oyó el crujido de un árbol. Otra vez el silencio. Fiódor Astájov se sintió un tanto nervioso por el impenetrable silencio que lo rodeaba. No obstante siguió caminando con cierta precaución. Bajo los pies crujía traidoramente la nieve, pero el bosque neutralizaba con rapidez ese sonido.

A unos 20 metros del lugar donde se detuvo Fiódor, por el borde del camino iban caminando dos personas con fusil, vestidos con buen abrigo y gorro de piel. Esos caminantes eran Kliónov y Osipov, quienes hacía un mes fusilaron a dos guerrilleros y después, a la vista de todos los habitantes de la aldea, arrastraron al gitanito herido para matarlo. A un costado y detrás caminaban otros tres más con fusiles al hombro.

¡Si supiesen esas bestias humanas cuánto tiempo él los estaba buscando! Cuántas veces se preparaba, largas horas los estaba esperando, pero ellos se iban por otro camino. Después el corría por la profunda nieve unos diez kilómetros, para interceptarlos en otro lugar. Era necesario que aparecieran juntos lo más lejos posible de la aldea, para alejar la sospecha de que ha sido algún aldeano...

Caminando paso a paso por una nieve bastante profunda, ambos policías iban uno detrás del otro. En medio del silencio se oyó un disparo. Kliónov cayó de inmediato y quedó tieso, al segundo la misma bala por lo visto solamente lo rozó. Los tres guardianes se desconcertaron y no sabían qué hacer. Dos de ellos, los que iban detrás, se largaron a correr sin un solo grito. El tercero, se tiró sobre la nieve, sin apuntar, comenzó a disparar en dirección al bosque, hacia donde estaba Astájov. Después, habiendo razonado un poco, se largó a correr de-

trás de los dos primeros en dirección a la aldea próxima. Fiódor Astájov no reconoció a ninguno de ellos. Esperó un poco y después se acercó al camino. Vio a Osipov sentado o acostado de manera rara, tratando de hacer funcionar el cerrojo del fusil.

—Qué sorpresa, mi vecino —murmuró habiendo reconocido a Astájov.

—Sí, tu vecino —duramente respondió Fiódor y terminó de matarlo con la culata. No habló ni explicó nada. ¡Simplemente lo terminó de matar y asunto finalizado! Sin ningún sentimiento, a excepción de una sensación de asco por el contacto con una bestia humana podrida.

Después recogió los fusiles y arrastró mucho tiempo por la nieve hacia el río a los policías aniquilados. El no quería que los encontraran, pero no resultó. El abrigo de uno de ellos se hinchó y asomaba del agua.

Cuando los soldados alemanes, junto con los policías los buscaban, ese abrigo les permitió encontrar e identificar a los dos. Luego, lógicamente, los sepultaron con honores y con salvas de fuego. Llegaron oficiales alemanes de alto rango. En la localidad de Jotnezhi, en el cementerio detrás de la iglesia sepultaron a los dos policías.

Se notaba que valoraban sus “esmerados” servicios. A ninguno de los habitantes de la localidad en el radio de diez kilómetros no los tocaron para nada. Únicamente hicieron un recorrido en fila por el bosque en torno de las aldeas más cercanas. Pero no entraron muy lejos, unos cinco kilómetros al fondo, nada más.

Su madre le contaba que las abuelas con las que se encontraba en el camino de la aldea, Dmitrievna y Vera Ignatievna, en su tentativa de compartir sus impresiones sobre ese acontecimiento, de un modo muy insinuante mostraban con la cabeza en dirección hacia arriba. En sus rostros se percibía simultáneamente tanto el miedo, como la alegría poco disimulada.